

“Disculpen las molestias, estamos cambiando el mundo”

Una aproximación a los
movimientos sociales en red ante
el ciclo de protestas 2011-2014

Óscar Mateos
Universitat Ramon Llull
Jesús Sanz
Universidad Complutense de Madrid



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA

1. Introducción

Existe toda una literatura (Judt, 2010; Bauman, 2012; Subirats, 2013; Fontana, 2013, entre otros) que en los últimos años viene subrayando la idea de que las coordenadas políticas, sociales y económicas que han regido el conjunto del planeta durante las tres o cuatro últimas décadas presentan claros signos de agotamiento. Este hecho se caracteriza, en el caso de los países occidentales, por una ruptura de los “consensos sociales” resultantes de la Segunda Guerra Mundial, fundamentados en un pacto tácito entre capital y trabajo, orientado a la cohesión social y el pleno empleo y a la consolidación de los pilares del llamado “Estado del bienestar”. Entre la década de los cuarenta y mediados de los setenta, este consenso permitió lo que los franceses denominaron como *Les Trente Glorieuses*, un período en el que el desarrollo social y económico del conjunto de países occidentales (si bien en España y en algunos países del sur de Europa llegaría más tarde) fue del todo extraordinario.

Lo cierto es que, fruto de la crisis económica y de las políticas de “austeridad”, pero ya mucho antes con procesos de desregulación y privatización, Europa y, de manera mucho más acentuada, EEUU, han presenciado, tal y como autores como Stiglitz (2012) o Piketty (2014) vienen señalando, un espectacular proceso de polarización de rentas que está dando pie a una nueva realidad de fractura social. Los informes de la OCDE, por citar solo una de las principales fuentes, corroboran esta preocupante deriva de dualización social que, lejos de ser un aspecto coyuntural y circunscrito al impacto de la crisis económica, aparece como una realidad que plantea enormes retos de futuro para el conjunto de sociedades occidentales.¹

Por otra parte, resulta especialmente llamativo el proceso de transformación que está acaeciendo en paralelo en los países del hemisferio Sur. Tanto en América Latina como en Asia, pero incluso también en el continente africano, viene experimentándose un proceso de notable crecimiento macroeconómico, que difumina levemente la histórica dicotomía entre Norte y Sur, al menos en cuanto a niveles macroeconómicos se refiere. Este proceso mundial de “igualación a la baja” (los países del Norte disminuyendo su crecimiento económico y los del Sur incrementándolo), no impide, sin embargo, que paradójicamente el gran rasgo constitutivo, tanto de las sociedades del Norte como las del Sur, sean los grandes niveles de desigualdad social interna que existen y, en definitiva, el grave problema de redistribución de la riqueza.

¿Qué elementos ayudan a explicar las posibles causas de fondo de esta nueva realidad? De manera muy sintética, podemos apuntar al menos tres factores explicativos:

- Un primer aspecto clave es la mutación que el capitalismo ha padecido en las últimas décadas en el contexto de globalización: del capitalismo industrial y productivo hemos transitado paulatinamente a un “capitalismo de casino”, en el que gran parte de la economía se ha financiarizado y se ha tornado esencialmente especulativa. Esto, además de mutar la naturaleza de la economía, ha conllevado una monumental crisis del papel del Estado-nación, que se ha visto desprovisto de poder y de su tradicional capacidad de regulación en favor de los intereses de los mercados y de la economía especulativa (Strange, 1996).
- Un segundo elemento, estrictamente relacionado con el primero, es el impacto que la globalización ha tenido en el ámbito del trabajo, caracterizándose por una descentralización geográfica de los procesos productivos que ha llevado a las multinacionales a buscar la mano de obra más barata, consolidando *de facto* una división internacional del trabajo. De este modo, los países de la periferia han experimentado un proceso de industrialización de salarios bajos, en contraposición al proceso de desindustrialización y de intensa precarización laboral y pérdida de derechos laborales de los países occidentales, quienes del ideal del pleno empleo han pasado al grave problema

¹ Véase, entre otros: “España sufre la crisis más desigual”, *El País*, 19 de junio de 2014. Disponible en: http://economia.elpais.com/economia/2014/06/19/actualidad/1403175466_879515.html

del paro estructural y a políticas orientadas a competir con los salarios de los países del Sur.²

- Un tercer y último aspecto, crucial para la viabilidad de los dos anteriores, ha sido la consolidación de una hegemonía cultural de la doctrina neoliberal (el llamado “Consenso de Washington”) que ha permitido precisamente la legitimación política y cultural de todo este proceso. Medios de comunicación, universidades y partidos políticos (pertenecientes incluso a la socialdemocracia) han contribuido de una forma u otra a la configuración de un “sentido común” determinado y a hacer buena la máxima acuñada en su día por la ex Primera Ministra británica, Margaret Thatcher, de que “no existe alternativa”. A su vez, las sociedades del “hiperconsumo”, cada vez más fragmentadas y esclavas de un endeudamiento incentivado por las entidades financieras, han sido incapaces de hacer frente a este pensamiento dominante que ha dinamitado las bases de la propia democracia.

Todos estos aspectos, y siguiendo a Bauman (2012), nos sitúan en un contexto de transición o de “interregno” entre dos épocas, en la que se detectan importantes discontinuidades respecto a lo que hacíamos y vivíamos y lo que hacemos y vivimos en la actualidad, pero en el que es complicado vislumbrar las coordenadas de futuro. Lo que parece obvio es que el nuevo contexto viene definido por desafíos y preguntas que son esencialmente nuevas y ante las cuales ya no deberían servir las viejas respuestas. No obstante, y como señala Joan Subirats, la política institucional, las políticas y las administraciones públicas parecen seguir en buena parte ancladas en la lógica de “territorio, población y soberanía” (2013: 69), indolentes a los grandes desafíos que se están configurando o bien incapaces de entender la magnitud de todos ellos.

Sea como fuere, un hecho destacable en este contexto globalizado que hemos analizado es el desarrollo de un “ciclo de protestas” que viene sacudiendo a numerosas sociedades, tanto del Norte como del Sur, en los últimos tres años. Para Tarrow los “ciclos de protestas”, aunque varíen en su duración y dimensión, tienen una serie de características comunes en la historia reciente: coinciden con una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificadas entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución (1994: 153). Tras la revuelta en Túnez a finales de 2010 (y con el ejemplo previo de Islandia), han sido numerosos los países que han protagonizado movilizaciones de mayor o menor intensidad: desde el conjunto de la región del Magreb –en lo que más tarde se ha denominado como la “Primavera árabe”- hasta las protestas en Grecia, España, Italia, Portugal, Reino Unido, EEUU, México, Chile, Brasil o Turquía, entre otros.

A pesar de las diferencias existentes entre todas estas protestas, el presente artículo parte de varias preguntas iniciales al respecto: ¿Son todas estas protestas acontecimientos aislados o más bien la expresión de un movimiento transnacional interconectado, tal y como numerosos autores están apuntando? ¿Qué características y rasgos comparten todas ellas? ¿Qué implicaciones globales y locales pueden suponer y qué perspectivas pueden derivarse, especialmente en el caso del contexto español? A modo de hipótesis, se planteará que aunque parece obvio que todas estas movilizaciones están enraizadas en las especificidades históricas, sociopolíticas y socioculturales de cada contexto, todas ellas comparten a su vez una serie de rasgos comunes, tales como: el perfil y la base social de los manifestantes (en el que la creciente o decadente “clase media precarizada” juega un papel esencial); las formas de movilización y los repertorios de acción (en el que Internet y las redes sociales aparecen como

² A todos estos factores sobre el mundo del trabajo en los países del Norte cabe añadir otros, tales como: las transformaciones demográficas, la ruptura de las solidaridades y el debilitamiento del mundo obrero en el contexto posfordista o el impacto de la entrada de las mujeres en el ámbito del trabajo remunerado.

los instrumentos clave), y algunos de los principales aspectos de la agenda de demandas y reivindicaciones (democracia directa y justicia social). El artículo subrayará también la necesidad de entender todas estas protestas no tanto desde una perspectiva cortoplacista (en función de sus “resultados”), sino más bien como un proceso político de gran calado y, al fin y al cabo, como un mensaje en sí mismo. Y es que, tal y como señalan Della Porta y Diani, es importante tener en cuenta que, en perspectiva, los movimientos sociales han sido históricamente esenciales en el desarrollo de nuevas ideas y valores y en cualquier proceso de cambio cultural, social y político (2011: 35).

Para tratar de responder a todo ello, se recogerán algunas de las aportaciones académicas que vienen realizándose en los últimos tiempos a la luz de los propios acontecimientos. En este sentido, algunos autores ya han catalogado este ciclo de diferentes maneras, tales como: “Revoluciones 2.0” (Cocco, 2013), “Wikirevoluciones” (varios autores), “Protestas interconectadas” (Mason, 2012) o “Movimientos sociales en red” (Castells, 2012), poniendo de manifiesto el gran interés sociológico y político que el ciclo de protestas ha despertado.

El artículo está organizado en tres apartados. En el primero se expone brevemente una cronología de las principales protestas. En el segundo apartado se analizarán las diferencias y similitudes que pueden extraerse de todos estos contextos, determinando qué aspectos permitirían afirmar que existe verdaderamente una dinámica de interconexión e interrelación entre todas las protestas. El análisis de esta parte se focalizará en ocasiones en el caso español, con el objetivo de entender el impacto que el 15-M ha tenido en los procesos sociales y políticos internos, especialmente significativos tras las elecciones europeas del 25 de mayo y la aparición de *Podemos*, como nueva formación política. Finalmente, el tercer apartado, y a modo de conclusión, explorará las perspectivas e implicaciones que pueden estar teniendo todas estas movilizaciones a medio y largo plazo.

2. ¿Un ciclo de protestas recorre el mundo?

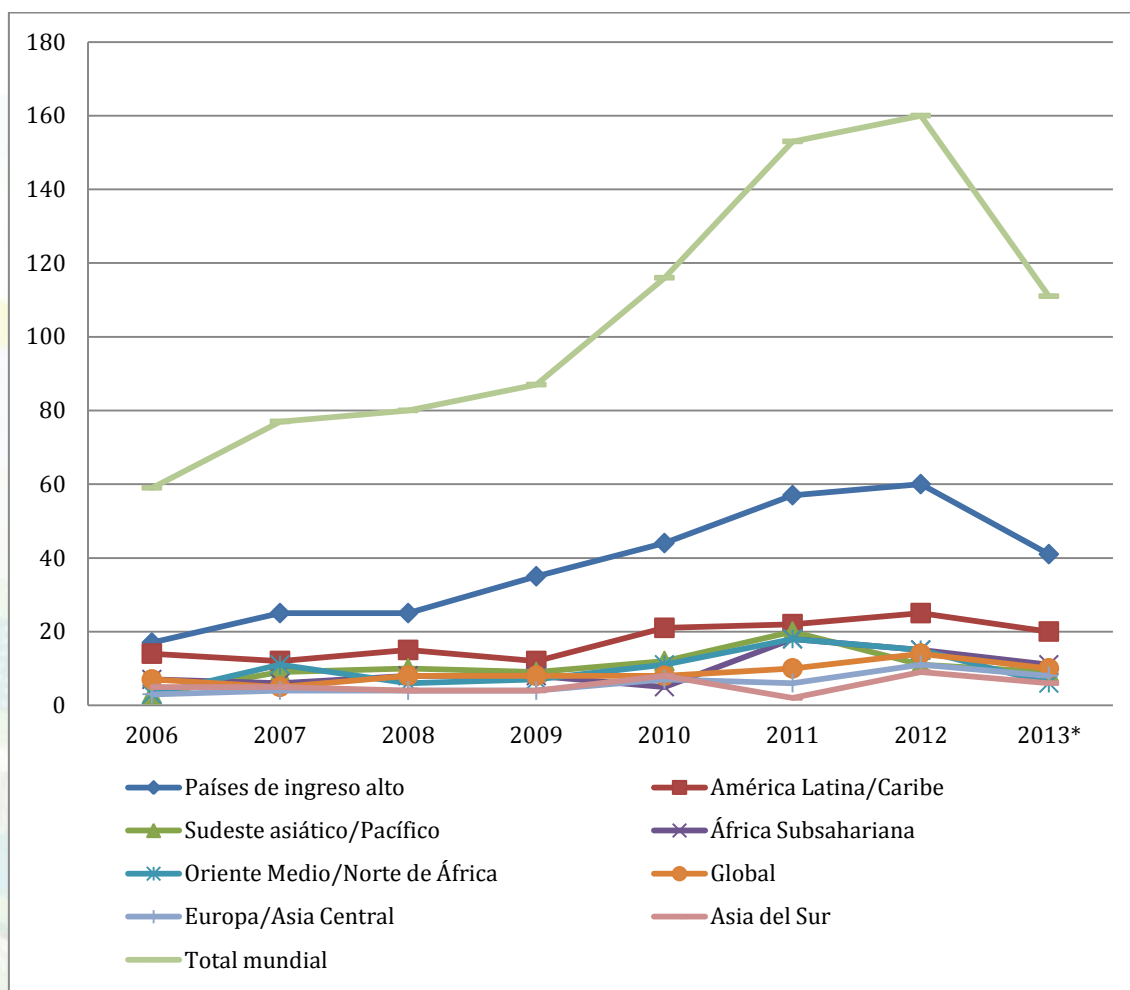
Los últimos años de crisis han generado la percepción social no solo de un deterioro extraordinario de las condiciones de vida de una parte importante de las sociedades occidentales, sino también de que viene produciéndose un incremento substancial de la protesta social. Este hecho ha quedado corroborado por algunos estudios cuantitativos y cualitativos que han tratado de determinar si esta percepción tiene ciertas bases empíricas. Uno de los estudios más relevantes que se han hecho de manera reciente al respecto es, sin duda, el publicado en septiembre de 2013 por varios investigadores de la *Initiative for Policy Dialogue* y de la Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung de Nueva York bajo el título “Protestas mundiales 2006-2013” (Ortiz et al., 2013). Dicho estudio analiza 843 protestas acontecidas entre enero de 2006 y Julio de 2013 en 84 países cubriendo alrededor del 90% de la población mundial. El documento se centra en: a) las principales reclamaciones de las protestas; b) quién protesta, qué métodos de protesta se usan y a quién se opone la gente que protesta; c) los logros y la represión de los movimientos sociales en el corto plazo, y d) las principales demandas políticas de los manifestantes en todo el mundo.

En términos cuantitativos, el estudio concluye afirmando que los 843 eventos de protesta reflejan un aumento constante año a año en el número global de movilizaciones, contrastando claramente las 59 registradas en 2006 y las 112 que se habían registrado tan solo en los primeros seis meses de 2013. Los investigadores también destacan cómo el inicio de la crisis financiera y económica global, su desarrollo o la adopción de las medidas de austeridad en muchas regiones mundiales desde 2010 ha supuesto un salto notable del número de protestas desde entonces, tal y como puede observarse en el Gráfico 1. En términos regionales, el 36% de todas las protestas (304 sobre el total de 843) han tenido lugar precisamente en países de altos ingresos, seguido de América Latina y el Caribe (141 protestas, 17%), Asia del Este y el Pacífico (83 protestas, 10%), África Subsahariana (78 protestas, 9%), la región de Oriente

Próximo y el Norte de África (77 protestas, 9%), protestas denominadas de tipo “global” (70, 8,3%), la región de Europa/Asia Central (47, 5,6%) y la región de Asia del Sur (43, 5,1%).

El siguiente apartado tiene como objetivo analizar descriptivamente las principales protestas que tiene lugar desde 2011, considerando que desde la llamada “Primavera árabe” (y aunque con el caso previo de Islandia en 2009) viene aconteciendo un “ciclo de protestas” que, en la línea de lo que también señalan estudios como el que acabamos de analizar, comparten una serie de características de fondo. En este sentido, a continuación se analizan tres contextos de protestas diferenciados, en los que se han agrupado países que comparten una misma realidad sociopolítica y económica. En primer lugar, los países de la llamada “Primavera árabe”, los cuales presentan especificidades históricas, sociopolíticas y socioculturales muy determinadas. Segundo, las protestas en países occidentales o de alto ingreso (la región en la que se detecta un mayor incremento del número de protestas), caracterizados por el fuerte impacto de la crisis económica y por el proceso de pauperización de la clase media y de fractura social. Tercero, las protestas en los países considerados como “emergentes” por el gran salto económico que están efectuando en los últimos años, y entre los que se encuentran Turquía y un grupo de países latinoamericanos como Brasil y México.

Gráfico 1. Protestas por región y por año 2006-2013



Fuente: elaboración propia a partir de Ortiz et al. 2013: 13

(*): Los datos de 2013 solo contabilizan hasta el mes de julio de ese año

2.1. ¿Qué queda de la “Primavera árabe”?

El 17 de diciembre de 2010, en una pequeña localidad del centro de **Túnez**, se inmolaba ante un edificio del Gobierno, Mohamed Buazizi, un vendedor ambulante de 26 años. Buazizi protestaba por las condiciones de vida, la corrupción institucional y por un sistema que le hacía literalmente la vida imposible, después de que la policía le confiscara de manera sistemática su pequeño puesto de frutas. Tras su inmolación, cientos de jóvenes, muchos de ellos universitarios, iniciaron numerosas protestas que fueron reprimidas duramente por la policía. La represión fue grabada y difundida por Youtube, adquiriendo un carácter viral y generando un efecto en cadena, en el que se produjeron nuevas inmolaciones y protestas por todo el país. A mediados de enero, el jefe del ejército se negó a disparar a los manifestantes y poco después, el hasta entonces mandatario tunecino, Ben Alí, abandonó el país ante una situación insostenible. Las protestas, alentadas y organizadas desde las redes sociales (Facebook, Twitter, Youtube), continuaron denunciando la corrupción de todos los principales responsables institucionales y exigiendo su dimisión, una mayor democratización, un nuevo régimen electoral y la mejora de las condiciones de vida y de las oportunidades para multitud de jóvenes sin trabajo.

En octubre de 2011, y después de la constante presión social, se celebraron elecciones de las que resultó ganador el partido islamista moderado Ennahda y nuevo presidente el escritor Moncef Marzouki. A diferencia del resto de revueltas acaecidas en el entorno árabe, la revolución tunecina, a pesar de momentos de tensión considerables desde finales de 2011, se ha caracterizado por una cierta estabilidad y la consolidación del gobierno elegido en las urnas, después de más de dos décadas de régimen autoritario. En marzo de 2014, el presidente y jefe de las fuerzas armadas levantaba el “estado de emergencia” impuesto desde el inicio de las revueltas y anunciaba también el fin de las limitaciones a la libertad de prensa.³

Algo similar, aunque con un desenlace y una coyuntura mucho más volátil, ocurrió poco después en **Egipto**. La llamada “Revolución del 25 de enero” logró en tan solo 18 días acabar con el todopoderoso Hosni Mubarak, que había permanecido durante décadas en el poder. En medio del clima de euforia y de tensión alentado por la revolución tunecina, la joven Asmaa Mahfouz hizo un llamamiento a través de vídeo por Facebook a los jóvenes de su país a los que emplazaba a concentrarse el 25 de enero en la Plaza Tahrir de El Cairo para defender la dignidad del pueblo egipcio. Las manifestaciones se sucedieron desde entonces en todo el país, siendo la represión policial la respuesta del régimen. Nuevamente, las redes sociales, y a pesar del intento de Mubarak de “desconectar” el país de Internet, sirvieron para hacer circular las diferentes manifestaciones y choques entre la policía y los manifestantes. El 11 de febrero Mubarak renunció al cargo oficialmente y se convocaron elecciones que ganaría unos meses más tarde, Mohamed Morsi.

Desde entonces, Egipto ha presenciado varios cambios de guion: del gobierno de los Hermanos musulmanes (un islamismo supuestamente moderado) se ha pasado a nuevas protestas en la calle por el incumplimiento del programa de estos últimos e incluso hasta un nuevo golpe de estado secundado por el ejército, que ha visto en las nuevas movilizaciones la manera de resarcirse de lo ocurrido en la primera ola de protestas, en lo que algunos han calificado como “la venganza de la jerarquía” (Mason, 2013: 271). En junio de 2014, y casi un año después de haber ejecutado un golpe de Estado contra el raís islamista Mohamed Morsi, el ex ministro de Defensa, Abdelfattáh al Sisi juró el cargo de presidente de Egipto, tras ganar las

³ Véase “Túnez levanta el estado de emergencia tres años después de la ‘primavera árabe’”. Disponible en.

http://internacional.elpais.com/internacional/2014/03/06/actualidad/1394110588_388318.html

elecciones con un 93% de los sufragios, si bien con una participación de apenas el 46%.⁴ Sea como fuere, el proceso político egipcio, al igual que el tunecino, siguen abiertos.

Pero a Túnez y a Egipto cabe sumar una ola de protestas, revueltas, revoluciones y movilizaciones que acontecieron en toda la región desde entonces, entre las que cabe destacar las que tuvieron lugar en **Marruecos** (donde el régimen se vio obligado a hacer determinadas reformas políticas a raíz de la emergencia del movimiento 20 de Febrero), **Libia** (desencadenando una guerra civil, una intervención internacional armada y la muerte del histórico líder libio Muamar Gadafi) o **Siria** (donde se desató desde entonces una terrible guerra que ha provocado decenas de miles de víctimas mortales y, según ACNUR, más de seis millones de desplazamientos forzados), así como las de Argelia, Yemen, Líbano, Mauritania, Sudán, Senegal, Omán, Bahréin, Kuwait, Iraq, Irán, Palestina y Arabia Saudita.⁵

A pesar de las múltiples contradicciones de todos estos procesos y de su enorme complejidad, la “Primavera árabe” comparte algunos rasgos importantes con el resto de protestas a nivel mundial, tal y como luego analizaremos, y sobre todo, en su momento, se convirtió en un poderoso elemento de contagio e inspiración. Asimismo, es importante señalar que todas estas protestas no fueron repentinas sino que son el resultado también de antecedentes históricos determinados (según el estudio que hemos señalado anteriormente, entre 2006 y 2010 se registraron unas 35 protestas en esta región). En muchas ocasiones, estos países habían afrontado importantes movilizaciones y tensiones sociopolíticas sin las cuales no se puede explicar muchas de las cosas que acontecieron durante los meses de 2011, en los que se dio un marco global que ayudó a impulsar y amplificar muchas movilizaciones que en otro momento no hubieran cuajado con tanta contundencia.

2.2. Las protestas en el contexto occidental: del #15M a Grecia, pasando por #OccupyWallStreet

Al calor de las revueltas en el mundo árabe nació el llamado 15-M en **España**. “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros” fue el lema que el colectivo Democracia Real Ya puso a las manifestaciones que el 15 de mayo de 2011 se produjeron en varias ciudades españolas. Como sucediera en Túnez o en Egipto, fue la represión policial –concretamente en la Puerta del Sol de Madrid, horas después de la manifestación- así como la viralidad del vídeo en el que se mostraba dicha represión contra unos pocos manifestantes, la que generó una movilización sin precedentes, llevando a llenar decenas de plazas, primero en Madrid, y luego en numerosas ciudades. Las acampadas y asambleas en las plazas, así como la ebullición en las redes sociales, propulsaron un movimiento de carácter histórico, en el que miles de personas denunciaron la connivencia de los dos grandes partidos políticos españoles (PP y PSOE) con los poderes financieros y, en definitiva, la existencia de un régimen representativo caduco, resultante de la Transición española.

Durante las asambleas, retransmitidas por *streaming*, se debatieron, con especial intensidad durante las primeras semanas, algunas de las principales demandas políticas, sociales y económicas, que iban desde la reforma de la Ley electoral hasta la institucionalización de una renta básica. El 15-M fue trasladándose poco a poco a las llamadas “Asambleas de barrio”, en las que se decidió continuar con los debates y propuestas. En los antecedentes de este movimiento pueden encontrarse especialmente algunas experiencias como la movilización en las redes sociales contra la Ley Sinde y la iniciativa Nolesvotes.org, o bien las iniciativas de algunos colectivos como “Estado del malestar” o “Juventud sin Futuro”. En definitiva,

⁴ Véase “Al Sisi arrasa con el 93% de los votos pero no logra movilizar a los egipcios”. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/05/29/actualidad/1401370728_660497.html

⁵ Aunque el caso de Israel cabría insertarlo regionalmente aquí, lo cierto es que debido a sus características sociales, económicas y políticas es más cercano a los casos del sur de Europa.

experiencias que indicaban la existencia de una generación de jóvenes muy formados cuya vida se caracterizaba por la precariedad, la inestabilidad y la incertidumbre, en un sistema que no daba respuesta a sus necesidades. Todo esto en un contexto occidental de crisis económica y de políticas de ajuste del gasto público en servicios básicos tan importantes como la sanidad o la educación.

Es importante señalar que el 15-M ha ido evolucionando y mutando en diversas formas, que deben considerarse como parte del mismo proceso. El 25 de septiembre de 2012, por ejemplo, la llamada “Coordinadora 25S” llamó a “rodear el Congreso”, en un intento de confrontar la principal institución representativa al considerarse que no estaba dando respuesta a los principales problemas políticos y económicos planteados en ese contexto. Asimismo, el 15-M ha contribuido substancialmente a generar o a amplificar las diferentes “Mareas” en defensa de lo público (tales como la “Marea verde” o “amarilla”, según el lugar, en defensa de la educación o la “Marea blanca” en defensa de la sanidad), así como otras iniciativas de enorme calado ciudadano como las “Plataformas de Afectados por las Hipotecas” (PAH) o “Stop Desahucios”.

Muchas de estas experiencias no solo han conseguido aglutinar a miles de personas, sino que sobre todo han tendido a una cierta sincronización y a entender su reivindicación no como algo aislado o corporativista sino como parte de un todo mucho más importante: la defensa de lo público y de lo común en una coyuntura de intensa privatización, mercantilización y empobrecimiento generalizado. Las conquistas, en este sentido, han sido relevantes, destacando, por ejemplo, la sentencia del Tribunal Superior de Justicia de Madrid (TSJM) en septiembre de 2013, que ha obligado a detener el proceso de privatización sanitaria en Madrid, o en el caso de las PAH es importante subrayar los más de millón y medio de firmas recogidas en la Iniciativa Legislativa Popular (ILP) para reivindicar la “dación en pago”, la sentencia del Tribunal de Justicia de la Unión Europea que en marzo de 2013 fallaba en contra de la Ley de desahucios española obligando a “proteger al consumidor” o bien la llamada “Obra Social de la PAH”, que ha impulsado el realojo de familias desahuciadas.

Cabe destacar también, por ejemplo, cómo desde entonces han proliferado las demandas de mayor transparencia o de rendición de cuentas, con iniciativas y experiencias muy interesantes en las redes sociales y en Internet, como la campaña ciudadana para juzgar a Rodrigo Rato y a la cúpula de Bankia, conocida como “15MpaRato” y que, por el momento, ha logrado encausar a varios responsables y directivos de Bankia a través de exitosas formas de financiación colectiva (Toret y Monterde, 2014).⁶

En los últimos dos años han emergido igualmente experiencias concretas que denunciaban el agotamiento del “régimen de la Transición” y exigían el inicio de un “proceso constituyente”, como la experiencia del “Procés Constituent” en Catalunya, por ejemplo. Desde inicios de 2014, todas estas iniciativas parecen haber apostado por un aterrizaje en el espacio electoral. Nos referimos aquí no solo al sorprendente caso de *Podemos* (que logró casi 1,3 millones de votos en las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014), sino también a experiencias que parecen germinar recientemente como son “Guanyem Barcelona” o “Ganemos Madrid, que plantean la conquista del terreno institucional para implementar cambios políticos substanciales desde el espacio municipalista y que, sobre todo, han obligado a la izquierda alternativa institucional (Izquierda Unida, Iniciativa-Verds, etc.) a traspasar y repensar las fronteras de la organización política clásica.

En paralelo, con anterioridad o con posterioridad, en los países del sur de Europa se han producido importantes movilizaciones en Grecia en mayo de 2011 con el “movimiento de las plazas”, en **Portugal** con las movilizaciones de “Geração a rasca” en marzo de 2011 y con “Que se lixe a Troika” en 2013, en **Italia**, o en países como **Bulgaria** (desde mediados de 2012). Si bien estas protestas no tuvieron en muchos casos la intensidad de la experiencia del 15-M en España, fueron significativas por la forma en que se produjeron (utilizando la mayoría de veces las redes sociales como forma de movilización y amplificación de la protesta) y por su

⁶ Para más información, véase: <http://15mparato.wordpress.com/> o <http://es.wikipedia.org/wiki/15MpaRato>

contenido (jóvenes que protestaban por las condiciones socioeconómicas de pauperización generalizada y la falta de oportunidades, agravadas por las políticas de “austeridad” impulsadas por sus respectivos gobiernos y la llamada “Troika” que agrupa a la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional).

En 2011 la protesta también cuajó en **EEUU**. Con la experiencia del 15-M todavía en efervescencia, el 13 de julio de 2011 la revista contracultural *Adbusters*, llamó a “Ocupar Wall Street de manera masiva y pacífica”. El día elegido era simbólico: el 17 de septiembre es el aniversario de la firma de la Constitución de EEUU. La convocatoria tenía así el objetivo de restaurar la democracia haciendo el sistema político independiente del poder del dinero (Castells, 2012: 161). La manifestación del 17 de septiembre en Wall Street y la posterior ocupación de Zuccotti Park, fue seguida de varias manifestaciones en Nueva York y en otras ciudades estadounidenses como Oakland, Chicago o Arizona, entre otras. Nuevamente, la represión policial y la circulación de vídeos en los que se mostraba dicha represión generaron reacciones de solidaridad y amplificaron el movimiento en las semanas posteriores. Los principales temas abordados en las diferentes acampadas fueron esencialmente los vinculados a la corrupción y a las enormes desigualdades socioeconómicas que caracterizan desde hace tiempo a EEUU. En este sentido, uno de los principales lemas de #OccupyWallStreet, fue el de “somos el 99%”, refiriéndose a la desigual distribución en el ingreso entre el 1% de la elite financiera y el resto de la sociedad, que economistas y Premios Nobel estadounidenses como Joseph Stiglitz y Paul Krugman habían teorizado hacía años. Al igual que en las plazas de Madrid o Barcelona, en el Zuccotti Park, los acampados basaban sus decisiones en procesos asamblearios. El 15 de noviembre de 2011 fueron desalojados, y aunque trataron de volver a ocupar la plaza en varias ocasiones, centraron sus acciones en la ocupación de oficinas bancarias, de empresas y en universidades.

2.3. México (#YoSoy132), Turquía (#OccupyGezi) y Brasil (#VemPraRua): las protestas y el malestar crecen en los llamados “países emergentes”

Los altos niveles de crecimiento económico y la consolidación de la clase media son algunos de los aspectos que han situado a México, Turquía y Brasil como países emergentes en la geopolítica mundial. No obstante, tras las bondades de este crecimiento macroeconómico, las sucesivas protestas sociales en los últimos tiempos han denunciado precisamente la mala distribución de la riqueza y el papel de los principales actores políticos y económicos del país. Mientras que la “Primavera árabe” y las protestas en los países occidentales ocuparon buena parte del año 2011, estos tres países han protagonizado protestas, con rasgos muy similares a las anteriores, a lo largo de 2012 y de 2013.

El Movimiento #YoSoy132 de **México** dio comienzo el 11 de mayo de 2012, casi un año después que el 15-M en España. Ese día un grupo de estudiantes protestaron ante la presencia del entonces candidato (y actualmente presidente del gobierno), Enrique Peña Nieto, por su actuación como gobernador del Estado de México. Durante la protesta, Peña Nieto salió de la universidad en medio de un operativo de seguridad y rodeado de centenares de jóvenes con pancartas en su contra. La protesta, que fue grabada y difundida a través de las redes sociales, fue un detonante que puso en marcha una cadena de manifestaciones que se fueron uniendo a este movimiento, especialmente tras el intento de manipulación que los principales medios de comunicación mexicanos hicieron del suceso. El nombre #YoSoy132 se refiere al apoyo social a este movimiento como miembro número 132 tras la publicación de un vídeo en el que 131 estudiantes enseñaban sus credenciales de la Universidad Iberoamericana desmintiendo así las declaraciones de medios de comunicación y políticos que los habían acusado de ser violentos y de no pertenecer a la Universidad (Treré, 2013). A través de las redes sociales, pero también mediante la organización de diversas protestas en calles y plazas de diferentes ciudades durante las semanas y meses posteriores, los integrantes del

movimiento exigieron, entre otros aspectos, la democratización de los medios de comunicación y la regeneración política.

Turquía fue el siguiente escenario de la protesta. Doce meses después de las movilizaciones en México, en mayo de 2013, la ciudad de Estambul inició una ola de protestas contra el Gobierno de Tayyip Erdogan después de que una cincuentena de ecologistas se manifestaran y decidieran acampar para salvar el Parque Taksim Gezi, el cual iba a transformarse en un centro comercial. Tras ser violentamente reprimidos por la policía mediante cañones de agua y gases lacrimógenos, las imágenes de la represión saltaron a las redes sociales, generando nuevamente un movimiento viral de solidaridad y apoyo tanto en Estambul como en otras ciudades turcas. #OccupyGezi aglutinó a miles de personas que, más allá de la preservación del Parque Gezi, exigieron el derecho a la libertad de asamblea que había sido violentamente reprimido, así como el fin de los procesos de privatización que afectaban a determinados bienes públicos en el ámbito urbano. Los meses posteriores al estallido de las protestas transcurrieron entre intentos de deslegitimación por parte del gobierno y nuevas movilizaciones organizadas por los acampados. A finales de mayo de 2014, Turquía conmemoró el aniversario de las protestas de Gezi con escenas similares a las vividas entonces: violentos enfrentamientos entre policías y manifestantes y grandes cantidades de gas lacrimógeno. Miles de personas han sido detenidas o han resultado heridas desde el inicio de las movilizaciones en mayo de 2013. En este sentido, se estima que más de 5.600 manifestantes están pendientes de un proceso judicial por su participación en las protestas, mientras que nadie ha sido condenado por la violencia policial.⁷ Además, el Gobierno de Erdogan enfrenta desde entonces una notable inestabilidad política e institucional.

Pocos días después del inicio de las intensas revueltas en Turquía, concretamente el 6 de junio de 2013, las calles de Sao Paulo, en **Brasil**, reunieron a más de un millar de personas que exigían la derogación de la subida de las tarifas de transporte en la ciudad. Las protestas proliferaron de manera inmediata y la policía empezó a intervenir violentamente, incluso con el uso de pelotas de goma, motivando todavía más la extensión y amplificación de las movilizaciones al conjunto de ciudades del país. Si se estima que el 17 de junio ya eran más de 250.000 personas las que protestaban en diferentes ciudades, tres días después, el 20 junio, se produjo la gran manifestación en la que participaron más de un millón de personas, en lo que muchos calificaron como la mayor movilización que había tenido lugar en el país en las últimas dos décadas. Tal y como muchas voces señalaron, detrás del hecho puntual de la protesta contra la subida del precio del transporte público se encontraba un malestar generalizado por las condiciones de vida en el entorno urbano, por la falta de servicios básicos de calidad, por la precariedad y falta de oportunidades, especialmente para los jóvenes, y por la enorme corrupción en la esfera política, en un país en el que, a pesar del exponencial crecimiento económico sigue situándose entre los más desiguales del mundo.

Todo esto se produjo además en un contexto en el que los manifestantes criticaron con contundencia el gasto público destinado por el Gobierno del Partido de los Trabajadores presidido por Dilma Rousseff a importantes infraestructuras vinculadas a los grandes eventos que Brasil ha celebrado (Mundial de fútbol en 2014) o tiene previsto llevar a cabo (Juegos Olímpicos de Río de Janeiro en 2016). Las redes sociales (que en Twitter popularizaron etiquetas como #VemPraRua o #MudaBrasil) ejemplificaron nuevamente el potencial movilizador de Internet y la capacidad de réplica de muchos lemas y consignas que ya habían aparecido en el 15-M o en Turquía. En concreto, los días previos a la celebración del Mundial de fútbol en junio de 2014, desencadenaron nuevamente una ola de protestas muy significativa bajo el lema ("Nao vai ter copa", *No va a haber copa*) que hizo temer a las autoridades por la viabilidad del Mundial.

Otros países de la región, como Chile o Perú, caracterizados también por un notable despegue económico, han presenciado importantes movilizaciones en los dos últimos años. En **Chile**,

⁷ Véase "Disturbios en Taksim en el primer aniversario de las protestas turcas". Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/05/31/actualidad/1401560251_767469.html

miles de estudiantes protestaron durante 2011 contra el modelo de educación mercantilizada aprobada por los diferentes gobiernos democráticos (Latorre Riveros, 2013), mientras que en **Perú**, las protestas, que tuvieron lugar en junio de 2013, denunciaron la corrupción de la clase política y del poder judicial.

Un hecho igualmente destacable es que el **15 de octubre de 2011** una red de movimientos a nivel mundial movilizara a millones de personas en 951 ciudades de 82 países de todo el mundo bajo un mismo lema (“Unidos por un cambio global”), considerándose la “primera convocatoria global indignada”. Detrás de esta protesta no existía ninguna gran institución o partido político con capacidad de convocatoria. Como había sucedido en el caso de las acampadas y manifestaciones ocurridas en el conjunto de estos países, internet se convirtió en un instrumento fundamental de comunicación y movilización. La envergadura de todas estas movilizaciones fue tal que la Revista *Times* consideró personaje del año 2011 al “manifestante”, dedicándole su portada.

Un aspecto importante para finalizar este apartado. En los antecedentes de muchas de estas movilizaciones globales no puede minusvalorarse el impacto del llamado “Movimiento Altermundialista” o “Movimiento por una Justicia Global” que desde 1994 hasta bien entrada la primera década del siglo XXI concitó la atención internacional y que desarrolló repertorios de acción y protestas cuyo contenido también puede encontrarse en muchas de las movilizaciones actuales.

3. Caracterizando el ciclo de protestas: un análisis de los principales elementos

Tras realizar esta aproximación descriptiva a las diferentes protestas acontecidas a nivel global en los últimos tres años, el siguiente apartado tiene como objetivo analizar algunos de los principales rasgos que caracterizan a todas estas movilizaciones. En general, encontramos seis aspectos que merece la pena examinar, a saber: i) las interrelaciones y vínculos que guardan estas protestas “locales” entre sí, así como algunas diferencias, ii) las nuevas formas e instrumentos de movilización, el papel que juegan las nuevas tecnologías e Internet y la hibridación entre el espacio de la calle y la red, iii) las formas de acción colectiva que predominan en estos movimientos, los repertorios utilizados y la construcción de la identidad colectiva en todo este proceso, iv) la relevancia del llamado “precariado” como sujeto y base social principal de todas las protestas, v) los principales marcos rectores que construyen y las demandas políticas al respecto, y vi) la interesante interacción que, al menos en el caso español, se está produciendo entre movimientos sociales, partidos políticos y dinámicas electorales.

3.1. ¿Movimientos sociales en red? Interconexiones y divergencias entre las diferentes protestas

Un primer aspecto que cabe preguntarse es si todas estas protestas que acabamos de describir de manera muy sintética son acontecimientos aislados o bien la expresión de un movimiento transnacional e interconectado que, en palabras de Antentas y Vivas (2012), podría haber constituido una suerte de “*internacionalismo de la indignación*”.

Por un lado, parece obvio que cada contexto de movilizaciones responde claramente a demandas y a cuestiones políticas, socioeconómicas y socioculturales internas. Las consecuencias de cada una de las movilizaciones se ha hecho notar sobre todo en un plano local, con la dimisión y destitución de gobiernos o bien con la represión efectuada por los diferentes aparatos de seguridad del Estado. O por decirlo de otra manera, las protestas

acaecidas en la Plaza Tahrir de El Cairo no han tenido un impacto directo en las decisiones políticas y económicas de España, de EEUU o de Brasil.

Sin embargo, diversos autores han destacado la existencia de vínculos entre muchas de estas movilizaciones, hasta el punto que podrían caracterizarse como un movimiento de carácter global. En su libro *“Redes de indignación y esperanza”*, Manuel Castells, considera que las protestas ocurridas desde el caso islandés hasta la actualidad presentan una serie de características comunes que hacen plantear la posibilidad de que estemos ante un “modelo emergente” de movimientos sociales, lo que denomina como “movimientos sociales en red”. La interconectividad, el papel preferente que tiene en ellos la ocupación del espacio urbano, las demandas que luego analizaremos (y que, según el estudio sobre protestas mundiales anteriormente citado, muestra claramente la existencia de una agenda de “quejas” y “causas de la indignación” compartidas) o bien la viralidad que les caracteriza son aspectos transversales en todas las revueltas. Por ello, Castells insiste en subrayar la idea de que los movimientos son locales y globales a la vez:

“Empiezan en determinados contextos, por sus propias razones, crean sus propias redes y construyen su espacio público ocupando el espacio urbano y conectándose a las redes de Internet. Pero son también globales porque están conectados en todo el mundo, aprenden de las experiencias de los demás y de hecho a menudo se inspiran en esas experiencias para movilizarse. Además, mantienen un debate global en Internet y a veces convocan manifestaciones conjuntas globales en la red de espacios locales al mismo tiempo. Manifiestan un conocimiento de los problemas compartidos por la humanidad en general y muestran una clara cultura cosmopolita, si bien siguen arraigados en su identidad específica” (2012: 213)

Michael Hardt (2013) enfatiza esta misma hipótesis subrayando dos elementos principales. En primer lugar, no cabe duda de que existirían algunos elementos compartidos entre las diferentes movilizaciones, tales como algunos lemas que se han popularizado y trasvasado de un movimiento a otro, o bien algunos tipos de acción colectiva que se han incorporado al repertorio de la protesta desde unos países a otros, como sucediera con la acampada o con otras acciones basadas en la desobediencia civil. En segundo lugar, pueden encontrarse prácticas políticas y aspiraciones compartidas en la mayor parte de estos movimientos, así como unas formas de organización comunes, como el asamblearismo o el trabajo en comisiones. Estos espacios, señala Hardt, habrían posibilitado una fuerte experimentación en la cooperación y un laboratorio comunicativo que ha generado un terreno común entre los diferentes movimientos. A partir de este terreno común en las formas organizativas, Hardt sugiere ver las interrelaciones existentes como parte de un “trabajo de traducción” realizado por parte de los diferentes movimientos entre contextos muy diferentes. Este ejercicio de traducción evidenciaría el poder de contagio que presentan las experiencias de los diferentes movimientos así como las trasposiciones que se hacen sobre las ideas e interpretaciones de la realidad entre las diferentes movilizaciones en diferentes contextos locales.

Sea como fuere, es necesario matizar a qué nos referimos cuándo se habla de la existencia de un movimiento social transnacional interconectado o “en red”, máxime cuando estos movimientos han tenido un alcance limitado a la hora de intentar articular una protesta común de carácter global. En este sentido, la manifestación del 15 de Octubre de 2011 ha sido seguramente la única movilización que ha conseguido trascender y desbordar las diferentes agendas locales y estatales de la protesta y alcanzar un carácter global. De la misma forma, los intentos de articular una protesta a nivel europeo con una agenda común —o al menos, que implicase a aquellos países del sur de Europa más afectados por las políticas *austericidas*— también han sido muy limitados y se han visto muy condicionados por las dinámicas políticas locales y estatales.

De este modo, hay que reseñar que las movilizaciones que agrupamos dentro de este ciclo de protestas se han caracterizado por estar más enraizadas en la esfera local que, por ejemplo, el

movimiento altermundialista, en el que predominaba un discurso, un diagnóstico y unas formas de movilización mucho más compactado. Así las cosas, si bien es evidente que han existido en estos movimientos préstamos entre los diferentes repertorios de acción utilizados y las formas de movilización empleadas, demandas comunes y una cierta sincronización espontánea, éstos han tenido un alcance muy limitado por las dificultades existentes para establecer mecanismos de coordinación y establecimiento de una agenda política común entre las diferentes protestas.

3.2. La hibridación entre el espacio de la calle y la red y las nuevas formas e instrumentos de movilización

Otro aspecto que cabe analizar al referirnos a las diferentes formas de movilización es la génesis de todos estos movimientos. Tal y como se ha visto en el apartado anterior, muchos contextos han reproducido una misma secuencia caracterizada por: la aparición de un hecho puntual (una protesta de diverso tipo); la posterior represión policial; la grabación, difusión por redes sociales y viralidad de la represión, y la explosión de una ola de indignación, motivada muchas veces por la solidaridad y los agravios compartidos. Muchos autores han subrayado, en este sentido, la importancia de las *emociones* como un factor esencial para la superación del miedo a la hora de desafiar el poder. Desde el punto de vista de los individuos, apunta Castells (2012), los movimientos sociales son “movimientos emocionales”. La insurgencia no empieza con un programa ni una estrategia política: el *big bang* de un movimiento social empieza con la transformación de la emoción en acción. Jasper (1997), por su parte, ha denominado esta dinámica como la “economía libidinal de los movimientos”, esto es, su capacidad de producir símbolos y una retórica orientadas a suscitar diversos tipos de emociones. En la misma línea, Hardt (2013) destaca la capacidad que han tenido las movilizaciones como espacios para el ensayo de un nuevo repertorio de afectos y el papel central que han tenido los campamentos y ocupaciones como espacio de construcción de afectos comunes. Según este autor, este hecho ha posibilitado que mucha gente que anteriormente no había tenido experiencias previas de participación política pudiese experimentar un entrenamiento en estos afectos y una forma distinta de establecer relaciones. Asimismo, el poder de las imágenes en todos ellos ha sido esencial: Youtube se ha convertido probablemente en una de las herramientas de movilización más poderosas en las primeras fases de muchas de ellas permitiendo, además, una gran capacidad de contagio (Castells, 2012).

Si nos adentramos en la morfología de todas estas movilizaciones, tal y como subrayan numerosos autores, un aspecto central y novedoso es la complementariedad entre las movilizaciones en las calles y la utilización de las redes sociales e Internet (Burawoy, 2013; Mason, 2012; Cocco, 2013). Este “**binomio calle-red**”, (off-line/on-line), se ha caracterizado por la ocupación de los espacios públicos como lugares de protesta, celebración, organización y resistencia, complementado por la presencia simultánea en las redes sociales, generando así una hibridación entre el espacio urbano y el ciberespacio. Castells (2012) ha denominado esta hibridación como el “espacio de la autonomía”, considerando que la autonomía de los movimientos sociales solo se puede garantizar mediante la capacidad de organización en el espacio de libertad de las redes de comunicación, pero al mismo tiempo únicamente se puede ejercer como fuerza transformadora si se desafía el orden institucional disciplinario recuperando el espacio de la ciudad para sus ciudadanos.

Evidentemente, las calles y las plazas han sido un lugar importante de visualización y reivindicación. Pero la red ha sido clave en la articulación y como espacio de participación política, desde el cual miles de personas han seguido diferentes acontecimientos relacionados con las movilizaciones. Todo esto ha demostrado que la intensidad del intercambio y la comunicación presencial no tienen por qué ir en detrimento de la digital y viceversa. El binomio calle-red, la tensión analógico-digital, ha derivado no en algo dicotómico sino en una complementariedad donde un elemento retroalimenta al otro, como señala Martínez Roldán

(2011). Así las cosas, internet se presenta como el espacio de discusión y articulación política clave para las transformaciones sociales y políticas que están teniendo lugar. Y es que hemos pasado, recuerda Castells (2014), de un mundo dominado por la comunicación de masas a un mundo en que ésta coexiste con la “autocomunicación de masas”. Hemos pasado de una comunicación caracterizada por la emisión de mensajes de una fuente a muchos receptores, con escasa interactividad, a una comunicación en donde múltiples emisores envían mensajes a múltiples receptores, de modo que todos somos emisores y receptores a la vez.

Pero la centralidad de Internet también reside en la ruptura, seguramente irreversible, de un doble monopolio: el de la forma de hacer política, a través de los partidos políticos y de las instituciones; y el de la forma de comunicar, mediante los medios de comunicación de masa. La repercusión que tienen ambos factores es enorme (Sanz y Mateos, 2011). En relación al factor político y analizando el caso concreto del 15-M, Gutiérrez Rubí (2011) considera que este movimiento ha demostrado que puede “*hacerse política sin partidos*”, modificando substancialmente la noción de poder. Ahora bien, la red da poder a quien tiene ideas, no a quien es fuerte o tiene una organización o muchos recursos. Internet ha cambiado así “las reglas de juego, la liga y hasta el árbitro”, evidenciando la existencia de una plataforma múltiple y global en la que todos decidiremos lo que es importante y lo que no lo es. Pero, además, las protestas han puesto de manifiesto la fractura del monopolio mediático, dado que para sectores cada vez más importantes de la sociedad, los principales periódicos, televisiones y radios ya no son su principal fuente de información. En este caso, el impacto de herramientas como Facebook y Twitter ha sido esencial en muchas movilizaciones, no solo como mecanismo de articulación y debate, sino también como espacio en el que se contrastan informaciones y se acelera su intercambio.⁸ Se ha generado, así, una pérdida de centralidad comunicativa y una diversificación de canales de información.

A pesar del importante papel que están desempeñando las nuevas tecnologías en la emergencia de estos movimientos, es importante tener en cuenta la **crítica al “tecnodeterminismo”** que algunos autores han hecho, en referencia al papel de Internet en todas las movilizaciones. Es obvio, apuntan algunos, que Internet ha jugado un papel fundamental en muchas de las protestas, en tanto que dinamizador, agitador y amplificador de las movilizaciones. Aunque conviene recordar, por ejemplo, que en países como Egipto o Túnez dos tercios de la población joven disponían de teléfonos móviles y una parte considerable estaba en algunas de las redes sociales, estudios como el de Gustavo Cardoso (2014), consideran que un análisis exhaustivo de los datos de todas estas movilizaciones ponen de relieve que no hay que aplicar a la ligera la etiqueta de “revoluciones de los medios sociales”, ya que en muchos países el uso de Internet sigue siendo bajo, a la vez que incluso cuando el uso de los medios sociales es elevado, su utilización en las protestas tiende a limitarse a grupos específicos de usuarios.

En este sentido, muchas voces han recordado que Internet no debe considerarse en sí mismo “la causa” de las movilizaciones (las cuales responden a trayectorias históricas concretas y a otros factores de tipo social, político o económico, con raíces tanto locales como globales) sino más bien un instrumento dinamizador y movilizador esencial (Romanos, 2011). Todo ello, nos recuerda Díaz de Rada, plantea la necesidad de no caer en lo que denomina la “ficción del globalismo”, esto es:

[...] la ficción de que vivimos en un mundo de hecho globalizado, donde la comunicación transita de modo completamente libre y fluido, liberado de una vez por

⁸ Durante las cargas policiales del 27M en Barcelona, en pocos minutos la red se llenó de vídeos que mostraban la brutalidad de la actuación policial, dejando sin argumentos a los representantes del Gobierno de Catalunya, los cuales quedaron en evidencia. Por otra parte, los intentos a veces de desvirtuar o desfigurar decisiones o discusiones que tenían lugar en las acampadas por parte de algunos medios, quedaban rápidamente desacreditados tras el comunicado emitido a través de la página Facebook o de Twitter de las acampadas, los cuales contaban con decenas de miles de seguidores que reproducían de inmediato la información.

todas de todo tipo de anclajes socioestructurales: la ficción de que poblamos un mundo de agentes en estado puro, y en el que transitamos libres de ataduras." (Díaz de Rada, 2010: 9)

En una línea similar, Cesar Rendueles (2013) en su ensayo *Sociofobia* hace una interesante crítica a la capacidad real que las nuevas tecnologías tienen para modificar las relaciones sociales y resignificar lo político. Rendueles se refiere con el término "ciberfetichismo" al consenso ideológico que se ha construido en torno a la capacidad de las tecnologías de la comunicación para inducir dinámicas sociales positivas. Según este autor, Internet promueve una sociabilidad sin costes ni demasiados compromisos en las que el otro aparece solo cuando se desea, y que funciona bajo la lógica conexión-desconexión. Una lógica que, según Rendueles, choca con las relaciones y compromisos duraderos que requiere tanto la acción colectiva como el "vivir juntos".

Finalmente, y en una línea muy similar, Serge Halimi ha apuntado el exagerado peso que algunos de estos movimientos han otorgado a internet como espacio para la transformación social así como algunas limitaciones que se dan en la red:

"[las movilizaciones] a veces se intoxican con la ilusión Internet de que tienen algún peso solo porque tienen un sitio en la Red. Lo que ellos llaman la 'organización en red' se convierte en máscara teórica para la falta de organización, de reflexión estratégica, pues la red no tiene más realidad que el flujo circular de comunicados electrónicos que todo el mundo reenvía y nadie lee." (Halimi, 2013:8)

En todo caso, y a pesar de estos apuntes, aunque no podamos caer en un "ciberoptimismo" ingenuo, esto no significa que debamos ponderar y valorar el enorme impacto que Internet está teniendo en las relaciones sociales, políticas y culturales a nivel planetario. Y es que como señala Subirats, una de las características más significativas de las nuevas sociedades en las que Internet y las TIC ganan terreno es, precisamente, en la creciente aparición y existencia de espacios de autonomía y de redes relacionales nuevas, en las que florecen comunidades plurales, que hacen de su especificidad e identidades su punto de referencia (Subirats, 2013: 78).

3.3. La construcción social de la protesta: de las formas de acción colectiva y la construcción de la identidad colectiva

Sin duda las acciones que se han producido dentro de este ciclo de protestas han supuesto la emergencia de un repertorio de acción colectiva original, aunque no siempre novedoso, en el que las movilizaciones, y especialmente los espacios más emblemáticos ocupados en las protestas, se han convertido en laboratorios en los que se han experimentado y aprendido formas de cooperación, conflicto y comunicación.⁹ En este sentido, el análisis de movimientos como el 15-M, pero también de otros como Occupy Wall Street o la ocupación de la Plaza Taksim en Estambul, han despertado un creciente interés sobre la forma de proceder de estos movimientos y las novedades y aspectos más destacados que se han dado en ellos.

Dentro de este marco, existen al menos tres grandes ejes de análisis que nos parecen de interés: un primer eje relacionado con las formas de acción colectiva que se han producido, un

⁹ Siguiendo a Tarrow (1997) entendemos por repertorio el conjunto limitado de rutinas aprendidas, conocidas, compartidas, aceptadas y llevadas a cabo mediante un proceso de selección relativamente deliberado. Con el uso de esta noción, se plantea que existe todo un abanico de formas familiares de acción colectiva conocidas tanto por los activistas como por sus oponentes (manifestaciones, huelgas, recogidas de firmas, etc.) que evolucionan y se redefinen constantemente.

segundo que tiene que ver con el análisis de las características que presentan las formas de acción colectiva que se han utilizado dentro de este ciclo de protestas, y un tercer aspecto vinculado a la manera en que se ha tratado de construir una identidad colectiva compartida y las formas de identificación que se han promovido dentro del movimiento.

3.3.1. Formas de acción colectiva

Dentro de las formas de acción colectiva utilizadas en las diferentes movilizaciones, sin duda la acampada ha sido la acción más utilizada en los diferentes movimientos sociales. La **acampada**, como recurso de movilización exitoso incorporado al repertorio de la contestación, se ha ido extendiendo y emulando en las diferentes movilizaciones pasando desde la Plaza Tahrir en El Cairo, a Madrid y Barcelona, al parque Zucotti en Nueva York, a la plaza Syntagma en Atenas o a la plaza Taksim en Estambul. Para Eric Touissant (2012), existe una clara diferencia entre este ciclo de protestas, donde la movilización ha ido dirigida fundamentalmente a ocupar el espacio público, y otros ciclos pasados caracterizados por acciones que comenzaban a menudo en el lugar de trabajo o de estudio e implicaban la ocupación de instalaciones como fábricas, escuelas o universidades.

La acampada en espacios públicos muy connotados como forma de protesta ha estado revestida de un fuerte simbolismo. A través de este gesto, la plaza pasa de ser un espacio físico sin más, o incluso un lugar de paso, para convertirse en el espacio de encuentro por excelencia. Y de esta forma, se inicia un proceso de reapropiación y resignificación del espacio público en el que la plaza pasa a ser concebida como un punto de encuentro y como un ágora abierta a todos los ciudadanos, a la vez que se destaca en ella su carácter como bien común. Dentro de esta lógica no es extraño que la ocupación de la plaza sea presentada como un espacio privilegiado para la participación democrática y la innovación política. Y es que las acampadas en muchos casos se han convertido en una escuela de aprendizaje político para los que acababan de llegar pero también para militantes con más experiencia. Un proceso que es un “aprender haciendo” en el que confluyen nuevas y viejas maneras de hacer, de entender la política y la sociedad, o de convocar y organizarse.

Por otro lado, dentro de las formas de participación promovidas en las diferentes acampadas, el asamblearismo como forma de toma de decisiones más frecuente, y el trabajo en comisiones como forma de trabajo, han ocupado un lugar fundamental en las formas organizativas. De este modo, la apuesta por la deliberación como forma utilizada para la toma de decisiones es presentada como opuesta a aquellas basadas en la representatividad que se critican, a la vez que las prácticas desarrolladas en el transcurso de la asamblea (simbología, gestos, etc.) se revisten de un fuerte carácter performativo.

La plaza esconde una dimensión más: es un espacio de construcción desde la heterotopía. Fernández Savater (2011) acude a este término para diferenciarlo de la utopía: mientras la utopía es otro mundo, la heterotopía es una pequeña distancia con respecto a la realidad que nos permite habitarla y pensarla de otra manera. De esta forma, la plaza, además de ser un símbolo de la resistencia, permite tomar distancia sin separarse de la realidad reapropiándose del espacio y redefiniendo el lenguaje y las relaciones sociales. Con ello, la plaza se convierte en un emblema y en un símbolo poderoso para la acción colectiva al ayudar a codificar e interpretar la realidad de una forma condensada.

Más allá de la acampada, dentro de las formas de acción colectiva utilizadas por las diferentes protestas, hay que mencionar la apuesta fundamental por la **desobediencia civil** como forma de actuación mayoritariamente adoptada. La desobediencia civil ha sido reivindicada y practicada sistemáticamente en la mayor parte de las movilizaciones, a la vez que ha sido presentada como un acto de resistencia frente a un poder totalitario (como en el caso de Túnez o Egipto), o frente a un poder autista y alejado de la mayoría social en otros lugares (los discursos de Ada Colau de la Plataforma de Afectados por las Hipotecas han ido en esa línea).

En este sentido, la acampada ha sido la principal forma de desobediencia civil a la que se ha acudido pero el repertorio de movilización ha ido más allá de esta acción. Otros ejemplos al respecto han sido acciones como las del movimiento *Den Plirono* (“Yo no pago”) en Grecia que, a raíz de la subida del precio del transporte, bloqueaba las máquinas de pago ante la permisividad de los empleados, o en el caso español, la paralización de desahucios liderada por las PAH, así como las diferentes ocupaciones de sucursales bancarias o de pisos en manos de entidades bancarias rescatadas por el estado.

3.3.2. Características que presentan las formas de acción colectiva

Por otro lado, si se realiza un análisis de las características que presentan las formas de acción colectiva que se han utilizado dentro de este ciclo de protestas podemos identificar algunos rasgos significativos.

Un primer aspecto ha sido el tipo de organización resultante en cada una de las acampadas. Las acampadas han significado una ruptura frontal con las formas de organización más habituales (partidos, sindicatos, etc.) y han destacado por la aceptación y la conexión social que han suscitado. Existen varios elementos que definen a estos espacios: un carácter descentralizado y profundamente arraigado en lo local; transparente, todo el que ha querido ha podido acceder a los debates, a sus actas y a las decisiones que se iban adoptando; autogestionado, ha imperado la lógica del “hazlo tú mismo”, a la hora de convocar o de organizar asambleas y movilizaciones; y su horizontalidad, ya que se han evitado estructuras jerárquicas, que reproduzcan determinados *tícs* institucionales.

Muchas de estas protestas también han apostado por la auto-representatividad del movimiento rechazando la utilización de etiquetas identificativas o la visibilización de líderes concretos, lo que ha desconcertado enormemente a los medios de comunicación y a las instituciones que iban en busca de interlocutores. Es cierto que en algunos casos han existido personas que han tenido una mayor visibilidad, como Asmaa Mafhouz en la revolución egipcia o Camila Vallejo en las protestas estudiantiles chilenas. Pero como rasgo general estas protestas no se han construido en torno a un liderazgo individual o colectivo (como un partido o sindicato), sino más bien en formas de organización basadas en la sugestión y la viralidad. En este sentido, autores como Giuseppe Cocco han subrayado también la capacidad de auto-convocatoria y de auto-reproducción rizomática de las protestas y como éstas se sucedían de manera simultánea, intempestiva y sin respetar ningún tipo de “tregua” (IHU-On-Line, 2013).

Por último, un elemento fundamental dentro de muchas de estas movilizaciones ha sido la apuesta que se ha realizado por la “no-violencia” como criterio, tanto “hacia dentro” (evitando que grupúsculos determinados sean capaces de boicotear determinadas acciones o protestas) como “hacia fuera” (en muchas ocasiones han existido llamamientos a la no-violencia frente a posibles actuaciones policiales).

3.3.3. ¿Construyendo una identidad abierta e inclusiva?

Finalmente, otra cuestión importante tiene que ver con la forma en que se ha tratado de construir una identidad colectiva dentro de estos movimientos sociales. En los análisis sobre acción colectiva, y especialmente desde las propuestas constructivistas, diversos autores como Melucci (1999) o Snow y Benford (1988) han subrayado la importancia que tiene en la construcción de una identidad colectiva los aspectos simbólicos y culturales. Dentro de este tipo de planteamientos, queremos resaltar la utilidad del concepto de “marco” (*frame*) propuesto por Snow y Benford. Por marco se entiende un esquema interpretativo que simplifica y condensa el mundo codificando selectivamente sujetos, situaciones, acontecimientos, experiencias y secuencias de acciones. De este modo, los marcos para la acción colectiva actúan como dispositivos que permiten pensar sobre el mundo, realizar un diagnóstico de la

situación y llamando la atención sobre aquellas situaciones sociales que son definidas como injustas con el fin de llamar a la movilización social.

En este contexto, cabe preguntarse qué marcos y esquemas interpretativos han emergido dentro de los movimientos sociales surgidos en este ciclo de protestas, así como los rasgos que presentan las identidades colectivas que se han ido construyendo en estos espacios de movilización.

En términos generales, en muchos de estos movimientos sociales se percibe un esfuerzo de huir de aquellos símbolos identitarios fuertemente connotados como banderas o emblemas, para priorizar un discurso de marcado tono ciudadano que apela a la construcción de un sujeto colectivo abierto e inclusivo. Ángel Calle enmarca esta cuestión señalando cómo estos movimientos parten más de una lógica basada en la “política del o” que en la “política del y”. Para Calle (2013a) la “política del o” funciona de una forma binaria, tiene un carácter más vertical y responde a una lógica tradicional basada fundamentalmente en identidades colectivas fuertemente arraigadas como las de carácter étnico o las de clase. Por el contrario, según Calle (2013a: 68-69), la “política del y” presenta una lógica marcadamente diferente y significa:

- “Cultura del encuentro e inclusión: social y emocional, proximidad entre diversos, entre “otredades”;
- Superación de dicotomías y sectarismos (reforma/revolución, élites/masas, etc.) para proponer terceros y cuartos escenarios, que se van sucediendo según se delibera y se construye desde procesos emergentes, y
- Capacidad de articular respuestas desde el protagonismo social (trascender la mera suma, explorando formas de organización que se parecen más a procesos) a través de la cooperación y la inteligencia colectiva (basadas en la construcción compartida).

De esta forma, según este mismo autor la “política del y” lejos de visiones dicotómicas propone buscar la diversidad y construir desde la complejidad. Así ha sucedido por ejemplo en el 15-M o en las protestas del movimiento *Passe Livre* en Brasil donde ha funcionado una forma de agregación ciudadana en la que, lejos de establecerse lemas, consignas concretas u otras identificaciones muy connotadas como banderas u otras insignias, ha imperado sobre todo la expresividad individual y la lógica del “hazlo tu mismo” en los carteles y lemas utilizados. Quizás el lema que mejor ha expresado esa apuesta por la “política del y”, por la agregación y la inclusividad, ha sido *“We are the 99%”* surgido en Occupy Wall Street y popularizado en diferentes protestas posteriormente. Este lema expresa nítidamente una voluntad inclusiva y unificadora que apela al conjunto de la ciudadanía (el 99%) y una apelación, como señala Fernández Savater (2011), por una identidad común y por una “suspensión” de identidades previas a la emergencia de la protesta para facilitar la creación de un “nosotros” abierto e inclusivo. A su vez, en contraposición a esa gran mayoría, con este lema se señala indirectamente a una élite económica (el 1%) que concentra gran parte de la riqueza como responsable del aumento de la polarización social.

Esa misma voluntad inclusiva y de suspensión de identidades previas se puede observar en la significativa toma de distancia que en algunos de estos movimientos, como en el 15-M, se ha hecho con categorías fuertemente arraigadas y connotadas como el eje “izquierda” y “derecha” o la noción de “clase”. Frente a estos conceptos, a nivel retórico dentro de estos movimientos se ha optado por trascender y desbordar esta división en los discursos y sustituir estas categorías por otras como “los de arriba” y “los de abajo”, o “democracia” frente a “oligarquía” para evitar posibles encasillamientos y buscar una mayor transversalidad. En este sentido, son ilustrativos de esta dinámica, por ejemplo, algunos carteles del 15-M que afirmaban: *“esta no es una cuestión de izquierdas contra derechas, sino de los de abajo contra los de arriba”*.

Finalmente, y retomando las características que presentan las lógicas de las identidades construidas en estas protestas, hay que señalar algunas limitaciones notables que éstas

presentan para la acción colectiva. Para Calle (2013c), estas protestas se basan en numerosas ocasiones en individualidades que se unen y luego dejan de relacionarse basándose en unas formas de participación on/off sujetas a apoyos puntuales. Según este autor, estas formas de protesta pueden volverse fácilmente “líquidas” (en el sentido propuesto por Bauman) predominando en ellas más la contestación expresiva e individualizada que una propuesta colectiva para la disputa del poder en lo cotidiano (lo político) y en lo más institucionalizado y mediatizado (la política). Por ello, Calle considera que estas formas de agregación pueden ser útiles para la creación de afinidades pero no para la construcción de proyectos vitales alternativos.

3.4. El *precariado* urbano como principal base social

El capitalismo financiarizado ha mutado las bases del trabajo a escala mundial. Las multinacionales se han descentralizado en busca de la mano de obra más barata que les permita producir productos a precios muy competitivos que luego venderán preferentemente en los países del Norte. Esto ha dinamitado el “sueño” del pleno empleo de los Estados del bienestar occidentales (hasta el punto que algunos autores consideran que tiene más sentido hablar de “empleabilidad”, en tanto que empleos esporádicos e inestables, más que de “empleo” en sí mismo) y ha generado nuevos procesos de industrialización en los países del Sur, ocupando a millones de personas que trabajan por salarios muy bajos.

A este hecho cabe sumar el crecimiento económico de los países emergentes y el descalabro de los países occidentales. Mientras en los primeros viene consolidándose una creciente clase media, en el segundo bloque de países la clase media se ha adentrado en una crisis de grandes dimensiones. No obstante, ambas realidades, la clase media emergente y la descendente, se caracterizan en gran parte por haber fundamentado su ascenso económico en una dinámica de endeudamiento con las grandes entidades financieras, incentivado por los propios bancos e incluso por la clase política. Este “espejismo” de la clase media ya es una pesadilla en países como España, en el que el proceso de empobrecimiento y de desposesión es acelerado, pero también en lugares como Brasil o Turquía, en el que el poder adquisitivo es solo plausible a base de crédito, con toda la volatilidad e incertidumbre que este hecho comporta.

Este marco explicativo sobre las bases del trabajo en el contexto de globalización capitalista y de configuración o crisis de las “clases medias” es un aspecto esencial para entender la base social de las personas que han participado en muchas de las protestas. A todas ellas les unen algunos aspectos determinados: ser miembros de una generación joven, que padecen unas condiciones laborales muy precarias, que afrontan una situación vital de enorme incertidumbre y que generalmente habita en los espacios urbanos. Esto parece así en los tres escenarios que hemos analizado en el segundo apartado.

En muchos de los **contextos árabes** se produjo lo que Sami Naïr en “*La lección tunecina*” (2011) consideró como una “revolución social y de las relaciones sociales”, es decir, el levantamiento de una generación de jóvenes desclasada y afectada por el paro y por la búsqueda de justicia social y de un Estado que actúe como redistribuidor de la riqueza en sociedades caracterizadas, no solo por la falta de libertades, sino también por grandes niveles de desigualdad socioeconómica y de injusticia social.

En los **países del sur de Europa o en EEUU**, tiene sentido proyectar la obra del economista Guy Standing (2011) en la que teoriza sobre el fenómeno del “precariado”, una “nueva clase social” caracterizada por la fragilidad y precariedad de sus condiciones laborales y por la enorme vulnerabilidad que se deriva de ello. “Lo que caracteriza al *precariado* no es [solo] su nivel salarial o de ingresos monetarios recibidos en determinado momento”, señala el autor, “sino la falta de apoyo comunitario en tiempos de necesidad”. El *precariado* es un colectivo heterogéneo (en el que se encuentran trabajadores sobrecualificados o infracualificados), pero

caracterizado sobre todo por su falta de articulación social y de reconocimiento mutuo en tanto que supuesta clase social. Muchas de las personas que han participado de las protestas en los países occidentales son parte de este joven precariado (especialmente se trata de jóvenes con estudios y afectados por la falta de oportunidades), castigado por las dinámicas de la globalización capitalista, por la crisis y por las políticas de “austeridad”. Para Alonso (2012), analizando el caso del 15-M y válido para otros contextos, el sujeto imaginario que unifica la movilización no es solo el precariado, sino también el “cognitarizado”, esto es, ese conjunto de jóvenes cualificados cuyas inversiones educativas han quedado desvalorizadas radicalmente por el desempleo, el subempleo o el malemplo generalizado y sin perspectivas razonables de mejora, dado el marco en el que se desenvuelven las degradadas prácticas contractuales actuales del mercado del trabajo juvenil. Una idea replicada por Mason, quien a la luz de Occupy Wall Street, denomina a este colectivo como “los graduados sin futuro” (2012: 66).

Finalmente, en los **países emergentes**, autores como Giuseppe Cocco también han hecho referencia a la presencia de jóvenes estudiantes, universitarios, sin recursos, inmigrantes o pobres en la base social de las protestas, con la peculiaridad de que, en una parte considerable, se trata de personas que configuran la nueva y emergente clase media, pero que también denuncian unas mismas condiciones laborales y una misma sensación de vulnerabilidad y fragilidad social (IHU-On-Line, 2013).¹⁰

El debate sobre el factor de la clase media como algo esencial en los procesos de cambio social no es algo nuevo, sino más bien una cuestión recurrente en el análisis de los movimientos sociales. Según los autores favorables a defender la importancia de este factor, los miembros de la clase media son más propensos a movilizarse en los conflictos de nuevo cuño, un hecho que, por otra parte, ha sido confirmado persistentemente por las investigaciones que se han hecho al respecto (Della Porta y Diani, 2011). No obstante, el hecho quizás diferencial en este caso es la condición precarizada de esa clase media, que en algunos contextos está en construcción y en otros en descomposición, y la combinación de demanda de valores post-materiales (como tradicionalmente se le atribuyen a dicha clase media y que tienen que ver con la mejora de la democracia, por ejemplo) con valores estrictamente materiales, como es el caso (falta de oportunidades, precariedad laboral, pobreza y crecientes desigualdades socioeconómicas, etc.). Asimismo, es importante subrayar que todas estas protestas no se han nutrido exclusivamente de ciudadanos de clase media: en los países árabes han participado numerosos estratos sociales, mientras que en Brasil, por ejemplo, se han detectado la presencia de personas que viven en las favelas. De la misma forma, el carácter interclasista de buena parte de estos movimientos y la no agrupación de estos en torno a una base identitaria compartida (étnica, religión, de clase o de orientación política) ha sido destacada por autores como Touissant (2012).

No obstante, parece claro, y es un lugar común en la literatura que está analizando todos estos casos, que la clase media ha jugado un papel esencial en la elaboración del discurso (Kim, 2011). Un debate aparte, y que no tenemos tiempo de desarrollar en estas páginas, es si se está construyendo una identidad transnacional de este precariado (Romanos, 2011: 325), un hecho que autores como Mason (2012) sostienen al considerar que existen elementos transversales y marcos de referencia compartidos, como la idea de “Somos el 99%” ya citada.

3.5. Democracia real, justicia social y apuesta por lo común: un análisis de los marcos rectores y las demandas políticas

¿Qué demandan todos estos movimientos? ¿Existe una agenda compartida en éstos? En primer lugar, debemos diferenciar entre dos escenarios distintos. En el caso de los países árabes, las movilizaciones han sido originadas por la existencia de regímenes totalitarios y por

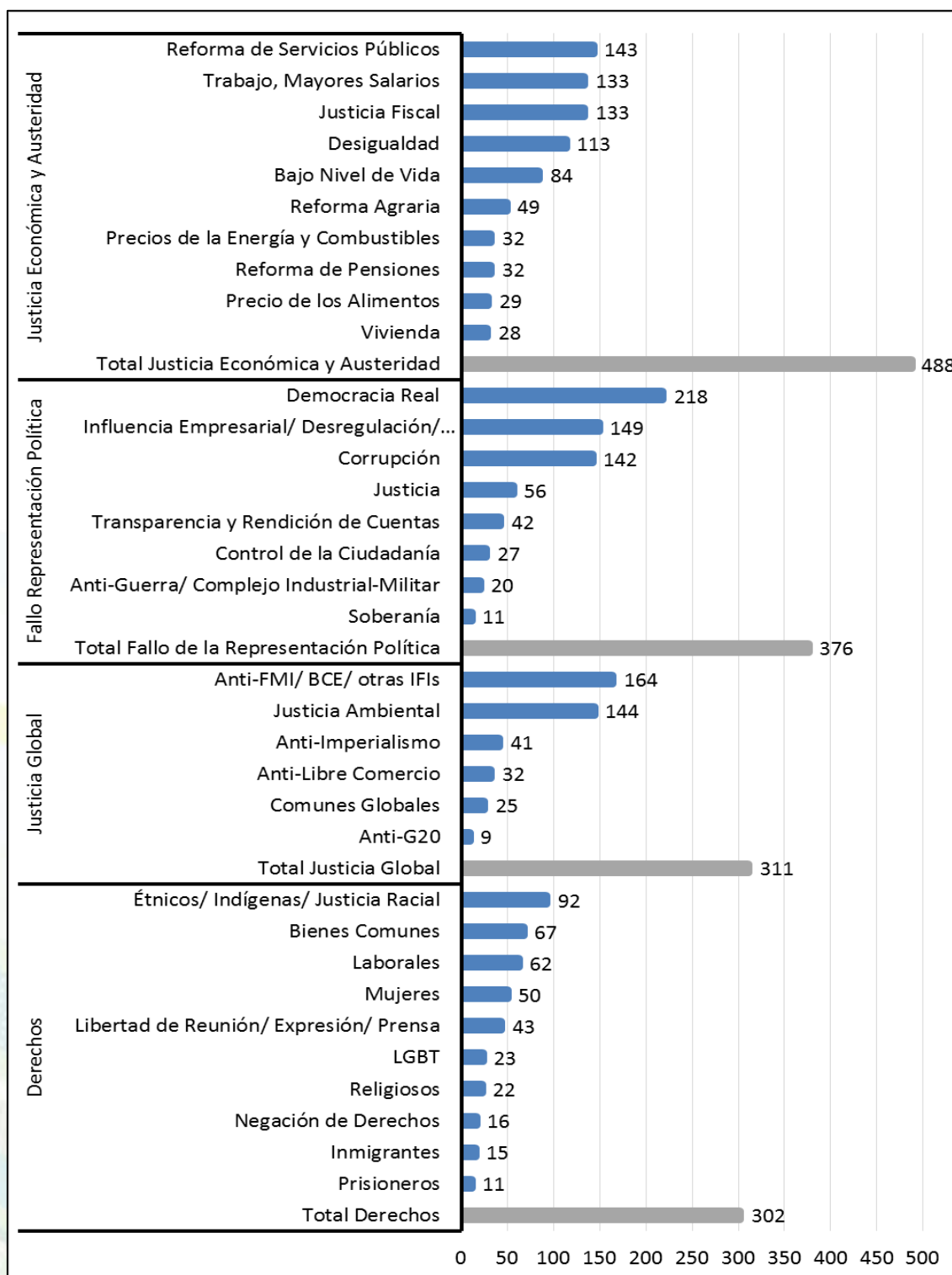
¹⁰ Íbidem

la demanda de mayores libertades y derechos sociales. En otros casos las protestas han tenido como origen la denuncia de la corrupción gubernamental y la connivencia entre el poder político y financiero (como en España o en EEUU), así como la crítica a las decisiones políticas adoptadas por gobiernos u organismos internacionales. En este último caso encontraríamos, por ejemplo, la implementación de las políticas de “austeridad” en el sur de Europa, la orientación “nodesarrollista” del gasto público y la aprobación de nuevos impuestos en Brasil o la privatización del espacio urbano en Turquía.

Según el estudio de la *Initiative for Policy Dialogue* y de la Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung de Nueva York anteriormente citado, un análisis de las 843 protestas detectadas desde 2006 hasta mediados de 2013 pone de relieve que existirían cuatro grandes demandas o causas de las protestas: justicia económica y denuncia de las políticas de “austeridad”, fallo de la representación política y de los sistemas políticos, justicia global y demanda de mayores derechos (Véase gráfico 2).

El dato más llamativo del estudio, según los propios autores, tiene que ver con la abrumadora protesta (en 218 manifestaciones) sobre una falta de ‘democracia real’, resultado de la creciente concienciación entre la gente de que los gobiernos y diseñadores de políticas públicas no han priorizado a la ciudadanía, de una frustración con los sistemas políticos tradicionales, y una falta de confianza en los partidos políticos en escena sean de izquierda o derecha. Esta petición de “Democracia real” y la crisis de representación política que expresa, se manifiesta en sociedades con cualquier tipo de sistema político, no solo en países con gobiernos autoritarios sino que también en democracias representativas que no escuchan las necesidades y visiones de la ciudadanía (Ortiz et al., 2013: 2).

Gráfico 2. Número de protestas, agrupadas por demandas 2006-2013



Fuente: Ortiz et al. 2013

(*) Los datos de 2013 solo contabilizan hasta el mes de julio de ese año

En relación a las demandas planteadas y como señala Touissant (2012), en la mayor parte de estos movimientos no ha existido un programa alternativo con medidas políticas, económicas y sociales ni la elaboración de reivindicaciones concretas (en el marco del 15-M sí se reivindicaron cuestiones como la “renta básica” o la “reforma electoral” o bien las PAH han demandado la “dación en pago”), aun habiendo existido en algunas experiencias comisiones de trabajo sobre algunos aspectos. Sin embargo, y en la línea de otros autores, sí pueden identificarse un nexo común que aparece en todos estos movimientos expresado, en efecto, en la demanda de más y mejor democracia y en la exigencia de una sociedad más justa e igualitaria. Ambas cuestiones compartirían lo que Calle (2013a) denomina una “hipersensibilidad frente al poder”.

3.5.1. Resignificar la democracia

Sobre la demanda de más y mejor democracia, existen claras diferencias entre los movimientos de los países árabes y el resto de los movimientos citados anteriormente. En el primer caso, la demanda de libertades democráticas y la lucha contra regímenes dictatoriales o autoritarios ocupa un lugar central y aparece de una forma mucho más nítida que en otras experiencias. En cambio, en los movimientos sociales surgidos en otros países este tema aparece de una forma más difusa. Un tema común presente en muchos de ellos pasa por denunciar la separación y subordinación que se está produciendo entre los espacios de representación de la ciudadanía (como los Parlamentos) y los centros reales de poder tanto financieros como políticos en los que realmente se toman muchas decisiones que afectan al conjunto de los ciudadanos. Con ello, estos movimientos denuncian cómo la democracia se está convirtiendo cada vez más en una cuestión meramente procedimental -es decir, ganar elecciones-, así como el vaciamiento que se está produciendo sobre la capacidad de influir de los ciudadanos en la política más allá de la mera participación electoral.

En este sentido, y siguiendo la idea de Charles Tilly (2010), en la literatura sobre este ciclo de protestas se ha identificado una alineación de “marcos rectores” de carácter metapolítico, que más allá de propuestas concretas, plantean la necesidad de dotar de nuevos significados a una democracia que no es real –por el impacto de la globalización financiera y la irrelevancia de los Estados– pero también por el agotamiento de los métodos de democracia representativa y la ausencia de mecanismos de control por parte de la ciudadanía frente a los gobernantes. Así, cada vez se hace más patente, como señala Bauman (2011), el divorcio entre poder y política, donde existe un poder que ya actúa a escala global y una política que sigue teniendo a los estados-nación como principales coordenadas de referencia.

En esta demanda de más y mejor democracia, los movimientos también denuncian la convivencia entre poder político y poder financiero, las conexiones de algunos políticos a través de las *puertas giratorias* entre la política y empresas beneficiadas por privatizaciones o desregulaciones y viceversa, así como la corrupción derivada de estos vínculos.¹¹ A esta demanda, hay que sumar el papel nefasto que en algunos contextos han desempeñado los partidos políticos en tanto que intermediadores cada vez más alejados de la realidad y de la sociedad (Subirats, 2013) y, muy especialmente, al papel decepcionante que los partidos de izquierda, especialmente procedentes de la socialdemocracia, han realizado en muchos contextos, acabando así con gran parte de su credibilidad (Zizek, 2013). Esto último se traduce en algunos países como España en la crisis galopante de partidos como el PSOE o bien en Brasil con la creciente deslegitimación social del “lulismo” y de los gobiernos del PT.

En definitiva, las protestas han configurado un marco metapolítico en el que se interpreta una clara crisis de la democracia representativa. Es desde este contexto desde donde se puede

¹¹ Se puede recordar aquí el lema de la manifestación que estuvo en el origen del movimiento 15-M “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”, así como uno de los lemas más populares en las primeras manifestaciones del 15-M: “no hay pan para tanto chorizo”.

interpretar la popularización de expresiones como “*lo llaman democracia y no lo es*”, o la reivindicación de “*una democracia real*” en lugar de la existente. A través de estos lemas se busca cuestionar la democracia existente y resignificar el sentido de la misma a través de un trabajo de la imaginación,¹² tal y como destaca Hardt (2013), se reivindica una radicalización de la democracia y se aspira a construir nuevas formas de democracia directa que, con mayor o menor ingenuidad, las propias plazas y redes han tratado, de algún modo, de ensayar. De esta manera, muchas de las formas de protesta empleadas por estos movimientos se han convertido en un espacio de innovación política con una apuesta clara por la recreación de diferentes prácticas basadas en el asamblearismo y la deliberación. Así, a la vez que se demanda una democracia más participativa, se intenta articular propuestas inspiradas en la democracia radical: realizadas “desde abajo”, de forma deliberativa, basadas en la horizontalidad y encaminadas a satisfacer necesidades de forma conjunta (Calle, 2013a).

3.5.2. Justicia social y defensa de lo común

Junto a la demanda en torno a la democracia, el otro eje que ha articulado muchas de estas movilizaciones han sido las denuncias en torno al proceso de polarización y concentración creciente de la riqueza en muy pocas personas que se está produciendo.¹³ En este sentido, Michael Burawoy (2013) propone entender este ciclo de protestas como la respuesta a una nueva “ola de mercantilización” que tiene su origen en la intensificación de procesos de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004) producido por la mercantilización y privatización de bienes y servicios que anteriormente estaban cerrados al mercado. Puede observarse así cómo muchas de estas protestas se han originado por la defensa y/o reivindicación de algunos bienes con un fuerte carácter público y común, como las protestas originadas en Turquía ante la amenaza de destrucción del parque Gezi o la privatización de espacios en el barrio de Gamonal (Burgos), las movilizaciones en Chile a favor de la educación pública o las demandas por un mejor transporte público en Brasil.

De esta forma, estos movimientos sociales surgen como una estrategia de resistencia frente a los procesos de privatización y/o mercantilización de bienes básicos, como una forma de denuncia ante la degradación de la calidad de vida o el retroceso de los derechos sociales y ante la preponderancia de los intereses privados por encima de los intereses comunes.

Desde buena parte de estos movimientos sociales, al igual que desde algunas instancias académicas, se ha producido un renovado interés por los denominados bienes comunes. Desde estas instancias se resalta cómo las formas de gestión de la riqueza social no se reducen únicamente a la elección entre la propiedad privada capitalista y una propiedad estatal que regula y burocratiza la gestión de lo público y que no es vista como garante para evitar la posible venta libre de bienes de todos en función de las contingentes necesidades de política económica (Mattei, 2013).¹⁴ En cambio, desde buena parte de los movimientos sociales se considera que es posible crear mecanismos que regulen el acceso libre y abierto de estos bienes e incluso instituciones de autogobierno que los gestionen de forma democrática más

¹² Sobre la importancia del trabajo de la imaginación se puede consultar el interesante trabajo de Appadurai (1995).

¹³ Como ya se ha comentado, esta situación queda ilustrada en lemas como “*Somos el 99%*” o en los términos “*arriba*” y “*abajo*” con los que se pretende ilustrar las grandes diferencias de poder entre una élite político-financiera y el conjunto de la población.

¹⁴ Los bienes comunes se refieren a los sistemas sociales y jurídicos que son gestionados de una forma compartida y cuya administración del bien pertenece o es de usufructo compartida por un grupo de individuos o la sociedad en su conjunto. Más allá de su régimen de propiedad, el bien común debe ser entendido sobre todo en términos relacionales: un recurso es un “bien común” mientras la gente se siente vinculado a él tanto por hacer uso de su patrimonio como por estar interesado en su conservación y/o ampliación.

allá de la propiedad privada capitalista y la propiedad estatal tradicional.¹⁵ De esta forma, la apuesta realizada por los bienes comunes es vista como la mejor garantía para que la ciudadanía se reapropie del conjunto de la riqueza social generada y para regular el acceso a la misma, a la vez que se ve en éstos un paradigma adecuado para dar respuesta a las demandas de más y mejor democracia y de una mayor justicia social.

Finalmente, cabe resaltar que son muchas las prácticas de innovación social que han proliferado en el entorno de los movimientos sociales y que, en mayor o menor medida, se inspiran en la noción del común y su racionalidad. Es el caso, por ejemplo, de iniciativas comunitarias como las monedas sociales y complementarias, los huertos comunitarios, las tiendas de ropa a coste cero, los medios de comunicación autogestionados, o las redes de reutilización de objetos y consumo colaborativo. O de algunos equipamientos e infraestructuras como los centros sociales autogestionados, el co-housing o las cooperativas de vivienda en derechos de uso (Mateos y Sanz, 2013). Buena parte de estas prácticas, favorecidas por creación de nuevas redes sociales, tratan de dar respuesta a necesidades muy concretas a partir de la desmercantilización de ámbitos concretos y la recreación de un cierto comunitarismo en un contexto caracterizado por una creciente atomización e individualismo.

En todo caso, las dos grandes novedades, sin embargo, no se encuentran en las propuestas concretas de cada contexto local sino en la forma en cómo se han construido y en la existencia de elementos transversales en las aspiraciones que todas estas agendas ofrecen. En muchos de estos contextos es cierto que se han propuesto alternativas que llevan años planteándose. Sin embargo, el elemento de novedad es quizás la forma colectiva en cómo se han construido, combinando el espacio de la calle y el de la red, y dando como resultado lo que algunos autores han denominado como una “wikiagenda”,¹⁶ en el que todo el mundo puede hacer aportaciones y en el que los consensos, muchos de los cuales responden a demandas tradicionales, son generados y construidos nuevamente desde abajo, como si fueran un documento “wiki”, abierto a la participación, opinión, sabiduría y subjetividad de cada uno de sus participantes.

3.6. Movimientos sociales, partidos políticos y dinámicas electorales

Un último aspecto que queremos abordar está relacionado con el vínculo entre la emergencia de estos movimientos sociales y las dinámicas partidistas y electorales. Es importante subrayar que la convocatoria de elecciones se ha convertido en algunas ocasiones en un aldabonazo que ha impulsado la aparición de protestas, como sucediera en España con la emergencia del 15M en fechas próximas a las elecciones municipales de 2011 o en México con la aparición de #Yosoy132 durante la celebración de las elecciones presidenciales de 2012. Con ello, las elecciones suelen otorgar a estas protestas mayor visibilidad, a la vez que han aprovechado la cita electoral para denunciar las limitaciones que presentan los mecanismos de elección democrática representativos.

Pero más allá de esta cuestión, puede observarse la relación entre los movimientos sociales que han surgido y la dinámica de los partidos en al menos tres ámbitos. En primer lugar, la emergencia de estos movimientos ha supuesto un importante motivo de reflexión para los partidos políticos más clásicos. La crítica de estas protestas ha impactado de lleno sobre los “partidos verticalistas” sobre los que en muchos casos se ha generado un importante proceso de desafección política por parte de amplias capas de la población (especialmente entre los

¹⁵ Una buena aproximación a los bienes comunes así como a las posibilidades que ofrecen como forma de gestión situada entre el Estado y el mercado, así como a la necesidad de buscar fórmulas que sirvan para regularlos en el ámbito jurídico puede encontrarse en Mattei (2013).

¹⁶ Castells, M. (2011): “Wikiacampadas”, *La Vanguardia*, 28 de mayo de 2011, en: <http://www.lavanguardia.com/opinion/articulos/20110528/54160922879/wikiacampadas.html>

más jóvenes). En términos generales, los grandes partidos son vistos como estructuras que concentran todos sus esfuerzos en las instituciones y en conquistar el poder en términos de lógica electoral, con unas cúpulas que concentran un enorme poder y con una conexión cada vez menor con el tejido social (Subirats, 2014).

Con ello, se ha producido un cuestionamiento de la función de delegación e intermediación que se había atribuido a los partidos. En el caso español, este descontento se ha expresado a través del aumento de la abstención, el aumento del voto a otros partidos minoritarios (si bien en las últimas elecciones europeas, y de forma sorprendente, la formación *Podemos* logró 1,25 millones de sufragios), mientras que en otros países se ha manifestado a través del hundimiento de partidos otrora hegemónicos (como ha sucedido con el PASOK en Grecia), o con la irrupción de formaciones que basan su éxito en presentarse como un “no-partido” como sucede con el *Movimiento 5 Estrellas* italiano. Además, dentro de los partidos tradicionales, aunque de forma tímida, se han extendido algunas iniciativas que tratan de dar respuesta a esta situación como la extensión del método de las primarias para elegir candidatos en diferentes partidos (tanto abiertas a la ciudadanía como solo entre los militantes), la elección directa de los organismos directivos por parte de los militantes, y no a través de los delegados, o bien la puesta en marcha de mecanismos que garanticen una mayor rendición de cuentas y transparencia. No obstante, en muchos casos, este tipo de decisiones tienen un carácter más cosmético que verdaderamente de fondo.

En segundo lugar, muchas de estas movilizaciones han servido para inspirar algunas formas de innovación política, ya sea en la creación de partidos más abiertos a la participación como ha sucedido con el Partido de la Ciudadanía en Islandia o algunas propuestas recogidas por el Partido Verde en Brasil y la aparición de los denominados “partidos-ciudadanía” (Calle, 2013a). Pero quizás es en España donde esta dinámica está siendo más paradigmática. En el caso español, la emergencia del 15-M ha favorecido el surgimiento de iniciativas que buscan ampliar la participación política y la apertura de procesos constituyentes desde abajo, a la vez que ha ampliado las condiciones de posibilidad para ensayar nuevas formas de organización política de nuevo cuño e inspirar algunas formas de innovación política que han renovado notablemente la oferta electoral. Así, en los últimos años se han creado y extendido algunas iniciativas inspiradas en el marco de la tecnopolítica como el Partido X, se ha producido el auge de experiencias que, teniendo una base anterior en el municipalismo, han crecido notoriamente como ha sucedido con las CUP en Catalunya. Asimismo, recientemente han germinado experiencias como son “Guanyem Barcelona”, “Ganemos Madrid” y otras experiencias análogas en diferentes ciudades que plantean la conquista del terreno institucional para implementar cambios políticos substanciales desde el espacio municipalista y que, sobre todo, han obligado a la izquierda alternativa institucional (Izquierda Unida, Iniciativa-Verds, etc.) a traspasar y repensar las fronteras de la organización política clásica.

Una mención especial, sin embargo, merece el caso antes mencionado de *Podemos*. Sin duda, la irrupción de este partido con su capitalización en términos electorales del malestar social, ha supuesto una notoria novedad dentro de la arena electoral con unas consecuencias que todavía están por ver. Para Raimundo Viejo (2014), el voto a *Podemos* podría expresar fundamentalmente dos cuestiones. En primer lugar, este voto sería “*el pago en moneda política de la precariedad con que se ha venido remunerando a toda una generación*” que se corresponde fundamentalmente con lo que antes hemos denominado como precariado y que vive en una situación de vulnerabilidad y falta de seguridad vital. Esa población se identifica con el discurso construido desde esta formación que habla de la “*casta*”, “*el régimen*”, la división entre democracia y oligarquía, o “*los de arriba*” frente a “*los de abajo*” alejándose, por otro lado, de categorías como izquierda-derecha o clase. Al mismo tiempo, para este autor, el voto de *Podemos* no es un voto de partido, sino un voto contingente que expresa, sobre todo, el cambio profundo en la constitución material de la sociedad donde la identificación partidista propia de la socialización fordista ha venido perdiendo peso en la medida en que avanzaba la implementación del neoliberalismo. Para Viejo (2014), de este modo, el voto a estas formaciones se aleja notablemente de las expresiones electorales de otras épocas donde

existía una identificación mucho mayor entre los electores y la ideología que representaban las diferentes fuerzas políticas, por lo que prevé adhesiones más débiles e inestables hacia estas fuerzas por parte de sus electores.

En todo caso, la emergencia de estos partidos se ha convertido en una suerte de laboratorio de ensayo de la intermediación política al tratar de resignificar la labor de delegación que tradicionalmente se ha otorgado a los partidos políticos, y encontrando su espacio de actuación (no sin dificultades y con algunas contradicciones internas) en el espacio intersticial existente entre la movilización social y las instituciones, frente a los partidos más convencionales más ligados a la arena institucional (Subirats, 2014).

Por último, y volviendo al carácter de los movimientos sociales de este ciclo de protestas, no se debe olvidar que la mayoría de estos movimientos han orientado su acción a primar lo político (desde lo cotidiano) más que a trabajar en la política más partidista e institucional. Así, en muchos de estos movimientos predomina una opción apartidaria que prima el protagonismo social propio desde abajo frente a la incidencia en posibles cambios a nivel institucional, a la vez que no existe en ellos –a diferencia de otros momentos históricos– un deseo de convertirse en una suerte de movimiento de carácter partidista-vanguardista (Calle, 2013c).

Así, las cosas, y en palabras de Joan Subirats (2014), el principal desafío en este contexto radica en buscar nuevos sujetos políticos útiles y nuevas formas de intermediación que contribuyan a tomar decisiones colectivas e impulsar transformaciones sociales. El reto, insiste este autor, estaría en evitar reproducir la división establecida entre “movimientos sociales” y “sujetos políticos” que se produjo en el siglo XX, para así lograr avanzar en la construcción de nuevos sujetos políticos que tengan formas de intermediación que eviten la concentración de poder y mantengan la capacidad de acción directa.

4. A modo de conclusión: posibles significados y perspectivas de los movimientos sociales en red

A lo largo de estas páginas hemos querido trazar una mirada comparada por las similitudes y diferencias de los diferentes movimientos sociales que se han ido produciendo dentro del ciclo de protestas iniciado con las revueltas árabes. Este texto ha querido enfatizar en todo momento la necesidad de entender dicho ciclo como un fenómeno de gran calado, en tanto que acontecimientos que, en efecto, comparten una serie de características y elementos transversales. En este sentido, consideramos que el alcance de todas estas protestas debe ser valorado más a partir de una lectura procesual e histórica, y no tanto en función de otros aspectos concretos a corto plazo, como pueden ser los “resultados” obtenidos hasta ahora. Así, el estudio de los movimientos sociales pone de relieve la necesidad de leer e interpretar éstos en perspectiva histórica y considerando que muchos de estos procesos acaban produciendo cambios sociales, culturales, políticos y económicos en el marco de grandes etapas y no en unos pocos años o meses. O dicho de otro modo, creemos que es importante entender un ciclo de protestas como el actual, que probablemente sigue abierto a nuevos acontecimientos y protestas, como un proceso político en construcción y como un mensaje a saber descifrar e interpretar de manera constante, y en un periodo de tiempo amplio.

Más allá de esta lectura global de los movimientos incluidos dentro de este ciclo de protestas, es importante destacar algunos aspectos concretos a tener en cuenta.

En primer lugar, en cuanto a las **demandas** expresadas por estos movimientos, como se ha resaltado en el texto, existen algunos elementos transversales que aparecen en prácticamente todas las protestas presentadas. Al margen de los importantes matices que se producen a nivel local, el eje transversal que recorre estas movilizaciones es la denuncia de la polarización social y la responsabilidad que tienen las elites financieras y políticas en esta situación (el 1%),

y la demanda de más y mejor democracia (o en el caso de los países árabes la denuncia de los regímenes dictatoriales existentes y la demanda de democracia). En relación a esta cuestión, consideramos que todos estos movimientos pueden ser interpretados como una expresión colectiva que trata de hacer frente al proceso de desposesión y de vaciamiento del sentido de la democracia –entendida como la gestión de los asuntos del común y no como un proceso meramente procedimental de elección de gestores– que ha impulsado el capitalismo financiero. Ese proceso adquiere rasgos y acentos diferentes en cada lugar, pero en el fondo está denunciando lo mismo: las grandes contradicciones del sistema capitalista en el contexto de globalización financiera, la claudicación de los poderes políticos ante el gran poder financiero, y el malestar ante el proceso de concentración de la riqueza generado por la acumulación por desposesión de los bienes públicos y comunes.

Por otro lado, más allá de la denuncia ante esta cuestión, las demandas expresadas por estos movimientos apuntan a una nueva aspiración de libertad, de insatisfacción con el *statu quo*, de cuestionamiento de la intermediación y un cambio en la conciencia humana en el que se están repensando nuevos significados para aspectos tan importantes como la democracia o la propiedad. De esta forma, el proceso político iniciado desde 2011, se ha convertido en sí mismo, en un laboratorio en el que se ensayan también nuevas formas de organización colectiva.

Un segundo aspecto relacionado con esta idea de proceso es el **potencial repolitizador** que todas las protestas están teniendo para el conjunto de muchas sociedades. Este hecho no es menor si tenemos en cuenta que uno de los grandes problemas sociales y culturales contemporáneos es el del hiperindividualismo que la hegemonía del pensamiento liberal ha instaurado en buena parte de nuestras sociedades y el debilitamiento de los vínculos sociales. Partiendo de esta base, se puede afirmar que las protestas han ayudado a empoderar y movilizar a toda una generación de jóvenes que, en muchas ocasiones, han tenido en estas movilizaciones su primer espacio de socialización y participación sociopolítica, a la vez que han encontrado en éstas un espacio de aprendizaje y experimentación política.

Las protestas, además, se han convertido en un espacio para debatir los problemas del presente y pensar la sociedad del futuro, para comprender mejor las dinámicas del poder tanto a nivel local como global y, sobre todo, para impugnar los límites de aquello que el pensamiento dominante ha construido como “posible”. Hay que destacar, en este sentido, el papel que han jugado las plazas y las redes como espacios para gestar y construir un contrasentido común que grita que “Sí se puede” y que “Otro mundo es posible” ante un sistema que niega una y otra vez las posibilidades de pensar otra sociedad basada en otros valores y en otra manera de organizarse social, económica y políticamente, y que afirma que “no hay alternativa”. Este proceso repolitizador orientado a reinterpretar la realidad y a repensar (y constituir) los mundos posibles entra quizás en colisión con las urgencias de una coyuntura que es dramática para muchas personas y, por lo tanto, insuficiente para abordar los grandes retos del presente (Fontana, 2012). Pero es en ese “aprender haciendo” y en una lectura esperanzadora de la realidad en el que algunos grandes procesos de cambio social se han forjado.

En tercer lugar, queremos realizar algunos apuntes en relación a las **posibilidades y limitaciones** que estas movilizaciones tienen. En relación a esta cuestión hay que señalar que, hasta ahora, las protestas analizadas se han caracterizado por ser fuertes en las calles pero débiles en los centros de trabajo. Así, las formas de organización utilizadas han sido útiles a la hora de lograr un importante protagonismo social en las calles y en los espacios públicos o en algunas luchas de carácter local (paralizar la construcción de alguna infraestructura o paralizar algún desahucio, por ejemplo), pero han sido mucho menos efectivas en los centros de trabajo donde han tenido un alcance muy limitado por diferentes razones (dificultades para lograr una identidad colectiva compartida por la segmentación del mercado de trabajo, necesidad en estos ámbitos de formas de organización más estables, etc.). Con ello, parece cumplirse lo ya apuntado por Negri y Hardt (2004) hace un tiempo cuando afirmaban que “*la ciudad es para la multitud lo que la fábrica fue para la clase obrera*”, así como el carácter fundamentalmente

urbano que han tenido estas movilizaciones y la centralidad que en estas protestas ha jugado en múltiples ocasiones la reivindicación del “*derecho a la ciudad*” (Harvey, 2013).

Finalmente, y en relación a esta misma cuestión, podemos preguntarnos por la potencia y la capacidad que tienen estas protestas para promover cambios de calado social. Para Slavoj Žižek estas protestas expresan una rabia incapaz de transformarse en un programa positivo de cambio sociopolítico o, en otras palabras, “*expresan el espíritu de revuelta sin revolución*” (2012: 206). Según señala este mismo autor, la decisión de la mayoría de estos movimientos de constituirse fundamentalmente en un espacio de presión y movilización no es suficiente para imponer una reorganización de la vida social, cuestión para la que se necesita “*un organismo fuerte, capaz de tomar decisiones rápidas y ponerlas en práctica con todo el rigor necesario*” (Žižek, 2012: 206). Una idea similar relacionada con las limitaciones que presentan estas movilizaciones es señalada por Halimi quien sobre el actual ciclo de protestas escribía:

“Una revolución Wikipedia en la que cada cual añade contenido no reparará el reloj. Estos últimos años, algunas acciones localizadas, aisladas, febriles, dieron origen a una protesta enamorada de sí misma, una galaxia de impacencias e impotencias, una sucesión de desalientos” (Halimi, 2013, 16-17).

Con ello, este autor apunta al carácter autorreferencial que, en ocasiones, ha estado demasiado presente en muchos de estos movimientos y a la ausencia, más allá de la expresión de la indignación y el malestar, de una orientación estratégica o un programa de propuestas políticas más definido.

En todo caso, y sin desatender estas críticas, consideramos que no se debe subestimar el potencial movilizador y repolitizador que están mostrando estos movimientos y, sobre todo, la capacidad de éstos para impulsar la apertura de procesos sociales desde abajo. Queda por ver si, más allá de expresar malestar o descontento, tal y como señala Burawoy (2013), estos movimientos pueden convertirse en una forma efectiva de contrapoder al poder financiero y pueden ser un contrapeso eficaz que haga frente a lo que este autor, siguiendo a Polanyi, identifica como una “*nueva ola de mercantilización*”. Y es que, como recuerda Castells, el verdadero efecto que producen los movimientos sociales en general, y los actuales en red en particular, es el cambio de mentalidad, la transformación de la conciencia de las personas. Porque se comunican nuevos valores, y juicios alternativos, y se someten a debate, y van surgiendo nuevos consensos y nuevos desacuerdos en un proceso deliberativo. Y, sobre todo, insiste el autor, porque la práctica de los movimientos en el espacio público, en la red, en las plazas, en las instituciones, permite a la gente darse cuenta de su poder, de que juntos podemos, de que es posible expresarse y soñar con una sociedad construida a partir de sus manos y de su comunidad (2014:13).

5. Bibliografía

- ALBERICH, T. (2012): “Movimientos sociales en España: antecedentes, aciertos y retos del movimiento 15-M” (en línea), *Revista española del Tercer Sector*, nº 22, en: http://www.luisvivesces.org/rets/22/articulos/movimientos_sociales_en_espana_antecedentes_aciertos_y_retos_del_movimiento_15m/index.html
- ALONSO, L. E. (2012): “Presentación: crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales” (en línea), en *Dossier de Economistas sin Fronteras*, nº 6, Septiembre, pp.: 4-9, en: <http://www.ecosfron.org/wp-content/uploads/docs/DOSSIERES%20EsF%20n%C2%BA%206.pdf>
- APPADURAI, A. (1995): *La modernidad desbordada*, Buenos Aires: Trilce

- ANTENTAS, J. M. y VIVAS, E. (2012): "El nuevo internacionalismo de la indignación", en J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán, (eds.), *¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!*, Barcelona: Icaria pp. 93-104
- BAUMAN, Z. (2012): "Times of Interregnum", en *Ethics and Global Politics*, Vol. 5, nº. 1, pp.: 49-56
- (2011): *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. Madrid: Fondo de Cultura Económica
- BURAWOY, M. (2013): "A new sociology for new social movements"(en línea). Disponible en: http://www.idhe.cnrs.fr/IMG/pdf/Social_Movements-Forum.pdf
- CALLE, A. (2013a): *La transición inaplazable. Salir de la crisis desde los nuevos sujetos políticos*, Barcelona: Icaria.
- (2013b): "Entre el 'SaoPaulazo', el parque Gezi y el 15M: variaciones de los nuevos movimientos globales", *Iglesia viva: revista de pensamiento cristiano*, nº. 254, pp.: 119-122
- (2013c): "Brasil, de los jóvenes iracundos a los nuevos rebeldes" (en línea). *Desinformémonos. Periodismo de Abajo*, nº. 115. <http://desinformemonos.org/2013/11/brasil-de-los-jovenes-iracundos-a-los-nuevos-rebeldes/>
- CARDOSO, G. (2014): "Movilización social y medios sociales", *Vanguardia Dossier 'El poder de las redes sociales'*, nº. 50, pp.: 16-23
- CASTELLS, M. (2014): "El poder de las redes", *Vanguardia Dossier 'El poder de las redes sociales'*, nº. 50, pp.: 6-13
- (2013): *Redes de indignación y esperanza*, Barcelona: Alianza Editorial
- CASTELLS, M., J. CARAÇA y CARDOSO, G. (2013): "Las culturas de la crisis económica: una introducción", en M. Castells, J. Caraça y G. Cardoso (eds.), *Después de la crisis*, Barcelona: Alianza Editorial, pp.: 21-40
- CHOMSKY, N. (2013): *Las sublevaciones democráticas globales. Entrevistas con David Barsamian*, Barcelona: Pasado y Presente
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (2011): *Los movimientos sociales*, Madrid: Editorial Complutense y Centros de Investigaciones Sociológicas (CIS)
- y TARROW, S. (eds.) (2005): *Transnational Protest and Global Activism*, Lanham: Rowman & Littlefield
- DIAZ DE RADA, A. (2010): "La lógica de la investigación etnográfica y la mediación computacional de la comunicación. Viejos problemas con un nuevo énfasis". *Revista Chilena de Antropología Visual*, nº. 15, pp. 40-57
- EZQUERRA, S. (2012): "Nuevos horizontes del 15-M: hacia una perspectiva estratégica", en J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán, (eds.), *¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!* Barcelona: Icaria pp. 41-52.
- FERNÁNDEZ SAVATER, A. (2011): *La Cultura de la Transición y el 15M* (en línea), Blog personal "Fuera de Lugar". <http://blogs.publico.es/fueradelugar/879/la-cultura-de-la-transicion-y-el-15-m>
- FONTANA, J. (2013): *El futuro es un país extraño*, Barcelona: Pasado y Presente

- FUSTER MORELL, M. (2012): "The Free Culture and 15M Movements in Spain: Composition, Social Networks and Synergies", *Social Movement Studies: Journal of Social, Cultural and Political Protest*, pp.: 1-7
- GREEPI, A. (2012): *La democracia y su contrario. Representación, separación de poderes y opinión pública*, Barcelona: Trotta
- GUTIERREZ RUBÍ, A. "De la indignación al compromiso" (en línea), Blog personal "Artículos y reflexiones", 6 de junio de 2011. <http://www.gutierrez-rubi.es/2011/06/06/de-la-indignacion-al-compromiso/>
- HALIMI, S. (2013): "Estrategia para una reconquista" (en línea). *Le Monde Diplomatique*, Año XVII, nº 215 Septiembre, 2013. <http://www.eldiplo.info/portal/index.php/component/k2/item/453-estrategia-para-una-reconquista>
- HARDT, M. (2013): "La base de un proceso constituyente tiene que ser el rechazo de la representación" (en línea). Entrevista a Michael Hardt. *El Diario*, http://www.eldiario.es/politica/base-proceso-constituyente-rechazo-representacion_0_187231856.html
- y T. NEGRI (2013): *Declaración*, Akal: Madrid
- (2004): *Multitud. guerra y democracia en la era del imperio*, Barcelona: Debate.
- HARVEY, D. (2013): *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal
- (2004): *El "nuevo" imperialismo*. Madrid: Akal
- HEIKKILA, R. (2012): "Occupy Wall Street y la indignación del 99%", en *Dossier de Economistas sin Fronteras*, nº 6, Septiembre, pp.: 20-23. <http://www.ecosfron.org/wp-content/uploads/docs/DOSSIERES%20EsF%20n%C2%BA%206.pdf>
- IHU On-Line (2013): "Entrevista a Giuseppe Cocco sobre las movilizaciones sociales en Brasil", *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, nº 55, p. 122-132
- JASPER, J. (1997): *The Art of Moral Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*, Chicago: University of Chicago Press
- JONES, O. (2012): *Chavs: La demonización de la clase obrera*, Madrid: Capitán Swing.
- JUDT, J. (2010): *Algo va mal*, Madrid: Taurus
- KIM, R. (2011): "The audacity of Occupy Wall Street" (en línea), *The Nation*, 21 de noviembre. <http://www.thenation.com/article/164348/audacity-occupy-wall-street>
- KOOPMANS, R. (2004): "Political Opportunity Structure: Some Splitting to Balance the Lumping", en J. Goodwin y J.J. Jasper (eds.), *Rethinking Social Movements. Structure, Meanings and Emotions*, Lanham: Rowman & Littlefield, pp.: 61-74
- LATORRE RIVEROS, J. I. (2013): "Movimiento estudiantil: re-politizando a la sociedad chilena", *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, nº55, pp. 103-111
- MASON, P. (2013): *Why It's Still Kicking off Everywhere. The New Global Revolutions*, London: Verso

- MARTÍ I PUIG, S. y E. SILVA (2014): "Introducción: movilización y protesta en el mundo global e interconectado", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº. 105, pp.: 7-18
- MARTÍNEZ ROLDÁN (2011) "Movimiento 15M: construcción del espacio urbano a través de la acción de Multitudes Inteligentes" (en línea). *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, Vol.1, nº 1, pp. 60-81.
[http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/martinez_rolდან/176](http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/martinez_rolدان/176)
- MATEOS, O. (2013): "¿Una red global de movimientos sociales? Una aproximación al ciclo de protestas 2011-2013" (en línea), *Revista de Educación social*, nº 55, pp.: 11-32.
<http://www.raco.cat/index.php/EducacionSocial/article/view/271015>
- y J. SANZ, (2013): *Cambio de época, ¿Cambio de rumbo? Aportaciones y propuestas desde los movimientos sociales*, Barcelona: Cuaderno de Cristianisme i Justícia, nº186
- MATTEI, U. (2013): *Bienes comunes. Un manifiesto*, Madrid: Trotta.
- MELUCCI A. (1999): *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México: El Colegio de México. Centro de Estudios Sociológicos.
- NAÏR, S. (2011): *La lección tunecina. La primavera árabe a debate*, Barcelona: Galaxia Gutenberg
- OBSERVATORIO METROPOLITANO (2011): *Crisis y revolución en Europa* (en línea), Madrid: Traficantes de Sueños. <http://www.rebellion.org/docs/138745.pdf>
- ORTIZ, I., et al. (2013): *Protestas Mundiales 2006-2013* (en línea), Documento de Trabajo de la Initiative for Policy Dialogue y la Friedrich-Ebert-Stiftung Nueva York.
http://www.fes-globalization.org/new_york/wp-content/uploads/2014/03/World-Protests-2006-2013-Executive-Summary-Spanish.pdf
- PIKETTY, T. (2014): *Capital in the Twenty-First Century*, Belknap Press
- RENDUELES, C. (2013): *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*, Madrid: Capitán Swing
- RODRÍGUEZ, E. (2013): *Hipótesis democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*, Madrid: Traficantes de sueños
- ROMANOS, E. (2011): "Retos emergentes, debates recientes y los movimientos sociales en España", en D. della Porta y M. Diani, *Los movimientos sociales*, Madrid: Editorial Complutense y Centros de Investigaciones Sociológicas (CIS), pp.: 315-348
- SÁNCHEZ, J. L. (2013): *Las 10 mareas del cambio. Claves para comprender los nuevos discursos sociales*, Madrid: Roca y Eldiario.es Libros
- SANZ, J. y MATEOS, O. (2011): "15-M. Apuntes para el análisis de un movimiento en construcción", en *Revista Fomento Social*, Vol. 66, nº 263, pp. 517-545
- SNOW, D. A. y BENFORD, R. D. (1988): "Ideology, Frame resonance and Participant Mobilization", *International social Movement Research*, nº1, pp. 197-217
- STANDING, G. (2011): *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona: Pasado y Presente
- STIGLITZ, J. (2012): *El precio de la desigualdad*, Madrid: Taurus
- SUBIRATS, J. (2014): "¿Qué democracia para qué partido?" (en línea), *El País*, 28 de Mayo de 2014. Disponible en:
http://politica.elpais.com/politica/2014/05/28/actualidad/1401298334_075056.html

- (2013): “¿Nuevos movimientos sociales para una Europa en crisis?” (en línea), *XI Premio Francisco Javier de Landaburu Universitas*. EUROBASK, pp. 67-92 http://eurobask.org/ficherosFTP/LIBROS/UNIVERSITAS_2012.pdf
- (2011): *Otra sociedad, ¿otra política? De “no nos representan” a la democracia de lo común*, Barcelona: Icaria
- TARROW, S. (1996): “States and Opportunities: The Political Structuring of Social Movements”, en Mc Adam, D., Mc Carthy, J. y M. Zald, *Comparative Perspectives in Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures and Cultural Framings*, London: Roudledge.
- (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid: Alianza Universidad.
- (1994): *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Nueva York/Cambridge: Cambridge University Press
- TILLY, C. y WOOD L.J.(2012): *Los movimientos sociales. De 1768 a 2012*. Madrid: Editorial Crítica
- TORET, J. y MONTERDE, A. (2014): “15-M: acontecimiento, emociones colectivas y movimientos en red”, *Vanguardia Dossier ‘El poder de las redes sociales’*, nº. 50, pp.: 36-43
- TOUSSANT; E. (2012): “La indignación mundial y su marco internacional” en J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán (eds.) *¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!*. Barcelona: Icaria pp. 27-40.
- TRERÉ, E. (2013): “#YoSoy132: la experiencia de los nuevos movimientos sociales en México y el papel de las redes sociales desde una perspectiva crítica”, *Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa*, nº 55, p. 112-121
- VIEJO, R. (2014): “Podemos, punta de un iceberg” (en línea), *El Diario*, http://www.eldiario.es/contrapoder/Podemos-elecciones-movimientos_sociales_6_267433295.html
- VVAA. (2012): *Tecnopolítica, Internet y R-Evoluciones. Sobre la centralidad de redes digitales en el #15M*, Barcelona: Icaria Asaco
- VVAA (2013): “#Vempraru. Outono brasileiro? Leituras” (en línea), *Cadernos IHU Ideias*, nº 191, Instituto Humanitas Unisinos. <http://www.ihu.unisinos.br/noticias/521804-vempraru-outono-brasileiro-leituras>
- ZIZEK, S. (2013): *El año que soñamos peligrosamente*, Madrid: Akal
- (2012): “Ladrones del mundo, uníos” en J. Fernández, C. Sevilla y M. Urbán, (eds.), *¡Ocupemos el mundo! Occupy the world!* Barcelona: Icaria, pp. 199-206.



FUNDACIÓN FOESSA
FOMENTO DE ESTUDIOS SOCIALES
Y DE SOCIOLOGÍA APLICADA



Caritas